



La noción de masculinidad en los estudios acerca de jóvenes miembros de pandillas en la ciudad de Cali y Medellín: una actualización

Angie Karina Preciado Mondragón

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
Ciencia Política
2021

La noción de masculinidad en los estudios acerca de jóvenes miembros de pandillas en la ciudad de Cali y Medellín: una actualización

Angie Karina Preciado Mondragón

Trabajo de grado presentando a la carrera de Ciencia Política para optar al título de politóloga

Dirigido por

Nhora Palacios Trujillo, PhD

Pontificia Universidad Javeriana

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales

Ciencia Política

2021

Agradecimientos

Quiero agradecer a Dios por ser el lugar en el que encontré refugio en los momentos más complicados; a mi directora Nohra Palacios por su paciencia, honestidad y por el fomentar que este trabajo se desarrollara en la mejor versión posible. Agradecer a mi mamá por todos los sacrificios que ha realizado para que yo esté en esta posición, por el apoyo y la comprensión que me brindó en cada paso de mi vida universitaria; a mis tíos por hacer de su casa un hogar para mí.

Finalmente, quiero agradecer a todas las personas que siempre me apoyaron, cuidaron y fomentaron las cualidades que permitieron que esto fuese posible.

Cuando una persona negra se gradúa, también se gradúan con esta sus ancestros y su comunidad.

Contenido

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I. ¿En qué consiste la masculinidad? Relatos de los hombres en el marco de las pandillas juveniles	14
La masculinidad: de la división sexual, el habitus y las estrategias para su posición jerárquica..	16
La interseccionalidad de la masculinidad y su apuesta transversal.....	20
Relatos en el marco de las pandillas juveniles: cohesión, miedo y la violencia territorial	23
CAPÍTULO II. El panorama en Cali. La masculinidad en las pandillas desde un enfoque de seguridad ciudadana hacia algunas consideraciones étnico-raciales.....	31
Estudios en torno a las pandillas juveniles: de los actos delictivos, ausencia institucional, prácticas y símbolos	32
Estudios acerca de las pandillas juveniles en Cali desde una perspectiva de género.....	39
CAPÍTULO III. Estudios acerca de la idea de la masculinidad en las pandillas juveniles. Del fenómeno del sicariato y los grupos delincuenciales en la ciudad de Medellín.....	51
Estudios que no abordan la masculinidad desde una perspectiva de género: literatura sicaresca, seguridad ciudadana y mecanismos identitarios de los grupos criminales	52
Estudios de la masculinidad desde una perspectiva de género: vinculación, reconocimiento entre y experiencia diferencial frente a las mujeres	60
CONCLUSIONES	77
REFERENCIAS	80

INTRODUCCIÓN

Este estado del arte muestra, a través de literatura especializada, cómo se ha incluido la masculinidad en los estudios sobre pandillas juveniles en la ciudad de Cali y Medellín, durante los últimos veinte años. A su vez, expone cómo esta noción facilita una comprensión del fenómeno pandillero, en particular, sobre sus miembros y sus motivos por vincularse. Con el auge del narcotráfico y el conflicto armado interno, en zonas marginadas y vulneradas comienza a darse el fenómeno de las pandillas juveniles en Colombia. Particularmente, Cali y Medellín son de las ciudades más azotadas por la violencia juvenil durante la década de los noventa y los años 2000 (CERAC, 2014). Mediante la perspectiva de género, no tan estudiada en Colombia todavía (Gómez, 2015; Muñoz, 2015), se quiere reconocer cómo el concepto de masculinidad está presente en los estudios acerca de este fenómeno pandillero, al igual que entender qué le agrega la noción a esta literatura.

Aunque el fenómeno de las pandillas se ha vuelto más común en sociedades latinoamericanas, debido a los constantes movimientos poblacionales de los campos a las ciudades, el pandillaje es un fenómeno de vieja data. Soares (como se citó en Rodgers y Baird, 2016) reportaba que, a finales del siglo XIX, las pandillas se encontraban presentes en las ciudades portuarias de Brasil. “En Latinoamérica, el término pandilla bien puede describir tanto los grupos de jóvenes en esquinas como aquellos grupos que se encuentran en asociaciones con el crimen organizado y el narcotráfico” (Rodgers y Baird, 2016, p. 15). Esta investigación le ha interesado sobre las pandillas es propiamente sus miembros y los motivos que los conducen a participar en esos grupos. Así, “de los grupos que ejercen la violencia juvenil, más estudiados, han sido las pandillas. Esto se debe a que son una de las formas más frecuentes de organización juvenil involucrada en la violencia” (CERAC, 2014, p. 23).

La pandilla es un espacio altamente masculinizado y, por consiguiente, regido bajo una imitación –a veces exageración- de la sociedad patriarcal que rodea a sus miembros en la región. Veamos algunos casos. Por un lado, Mollericona (2015) identifica que, “de las 327 pandillas de las que se tiene registro en La Paz, Bolivia, estas estaban conformadas en un 89,2 % por hombres” (p. 6). Marcial (1997), por su parte, da cuenta por medio de entrevistas que la preocupación por la hombría -ser quien más la ostenta y quien más la ejerce-, los constantes actos de violencia, el poder dentro de la pandilla, la capacidad adquisitiva dentro de las limitaciones de la pobreza y ser quien más mujeres puede conquistar, se relacionan en tanto son formas de legitimación de sí mismo

dentro de un espacio ya de por sí masculino. En América Latina, el estudio de la masculinidad o “la construcción de las identidades masculinas se ha realizado en un entorno de violencia histórica y de violencia estructural” (Viveros, 2002, p. 93). Viveros (2010) afirma que estas representaciones de la masculinidad han sido estudiadas, ya sea desde el fenómeno de la violencia intrafamiliar, las cárceles o las pandillas juveniles –denominadas también como grupos criminales-.

Frente al caso de Colombia, los jóvenes, en el marco de las pandillas, han construido lo que los “hace hombres” a partir de referentes que son códigos de conducta o pautas de comportamiento que responden a una cultura patriarcal y conservadora del país (Bedoya y Ocampo, 2019; Baird, 2018). Cali y Medellín son las ciudades en las que se enfoca este estado de la cuestión, puesto que el conflicto armado interno, el narcotráfico y la existencia de una cultura violenta (Rodgers y Baird, 2016), crearon un ambiente propicio para violencia juvenil. Según CERAC (2014), Cali es la ciudad que presenta mayor violencia juvenil en las últimas décadas. Esto se debe, explica la entidad, a su tendencia histórica de un alto nivel de violencia, pues es un territorio estratégico para grupos del conflicto, carteles y grandes agrupaciones del crimen organizado. La cuestión estriba en que las pandillas juveniles tienden a realizar una transición hacia grupos criminales o sólo adquieren sus características. Los grupos de crimen no sólo instrumentalizan a los jóvenes, “sino que estos aprenden a usar el conflicto, el crimen y la violencia para resolver disputas e imponer intereses personales” (CERAC, 2014, p. 13).

Si bien Medellín se ha destacado por sus avances en materia de desarrollo urbano y calidad de vida para sus habitantes, no deja de ser una de las ciudades más violentas de Colombia. “Medellín alcanzó tasas de hasta casi 400 homicidios por cada 100.000 habitantes a principios de los noventa (años 1990-1993), teniendo en ese entonces una de las tasas de homicidios más altas del planeta [...]” (Dávila, 2016, p. 109). En el caso de las pandillas juveniles, estas están asentadas en las periferias, ya que los entes gubernamentales no llegan a estas zonas y, por ello, son reguladas por actores armados ilegales. La participación de los jóvenes en la violencia organizada se mantiene en altos niveles, pues, “para el año 2013, el porcentaje de jóvenes participantes en bandas criminales en la ciudad era del 50,2 % del total de jóvenes encuestados” (CERAC, 2013, p. 139).

Así pues, se analiza el fenómeno de las pandillas en ciudades -en este caso, Cali y Medellín- de Colombia que se caracterizan por un conflicto urbano latente. Ya sea desde la marginalidad

¹ En efecto, Dávila (2016) afirma que esta tasa significó “6.809 muertos ese año, un número mayor que el total de soldados de Estados Unidos que perdieron la vida en la guerra de Irak a lo largo de casi 10 años de contienda” (p. 109).

característica en la que se encuentran sus miembros en el contexto local y que, constantemente, se acrecienta al tener en cuenta el narcotráfico y el conflicto armado interno en las últimas décadas.

Este estado del arte se pregunta por el lugar que le han dado los estudios sobre las pandillas analizados aquí. Para intentar comprender ¿por qué una pandilla está conformada, principalmente, por hombres? ¿Cuáles son los significados que encuentran en ella? Justamente, estas preguntas, implican un análisis a partir de la perspectiva de género y en el que los estudios sobre la construcción de la masculinidad están inmersos. Antes, se quisiera comentar dos anotaciones en torno a la importancia de este trabajo.

Por un lado, Gómez (2015) afirma que los estudios con enfoque de género en Colombia son recientes. Algunos de los trabajos se centran, ya sea en la violencia intrafamiliar en la esfera doméstica; en las consecuencias en la vida de las mujeres por causa del conflicto armado interno y algunas investigaciones se centran en analizar la inseguridad en los entornos urbanos (Gómez, 2015). Por otra parte, las investigaciones con perspectiva de género, tanto en ciudades como en Cali o Medellín, los informes y diagnósticos se centran en el tema de las violencias sexuales sobre las mujeres, las cuales responden a requerimientos y manifiestos de políticas públicas que, si bien son necesarios, contribuyen a una visibilización del problema en términos de una discusión o análisis teórico (Gómez, 2015).

Por otro lado, los estudios sobre masculinidades son una de las líneas más recientes de los estudios de género (Muñoz, 2015). Si bien este enfoque se ha interesado por entender el lugar de opresión que históricamente han vivido las mujeres, ha dejado todavía una especie de ausencia con relación a comprender las condiciones de posibilidad por las cuales ejercen dominación los hombres. Desde esta misma perspectiva, Muñoz (2015) sostiene que la existencia de un sólo lugar de opresión y dominación no sólo concibe las relaciones de poder desde un reducido binarismo, sino que naturaliza el lugar de los valores al no facilitar una comprensión y transformación de las relaciones sociales. En este sentido, pensar en las masculinidades no niega el lugar de privilegio que estos tienen en la sociedad; más bien, significa que dicho lugar cuenta con matices. Los hombres, en su proceso de incorporación y subjetivación, generan tensiones, fracturas o inconformidades con algunos elementos que sus representaciones.

Debido a lo anterior, el trabajo toma importancia al querer profundizar no sólo en un enfoque que todavía es nuevo en el país, sino, además en una línea que no siempre es trabajada, aunque necesaria para comprender las brechas de género y, por consiguiente, su transformación.

El estudio de la masculinidad debe incluir no sólo un entramado teórico que explique por qué su lugar de dominación en el orden social, también aquellos elementos interseccionales que plantean no sólo una forma de vivir lo masculino en tanto este es múltiple. Resulta necesaria la comprensión de este modelo de ser varón u hombre en cada contexto del país y de cada ciudad, ya que la diferencia cultural entre regiones es evidente. Tanto las representaciones sociales como los dispositivos de control patriarcales no funcionan de forma homogénea, ni ofrecen exactamente los mismos discursos, aunque sí se encuentran articulados en torno a la formación de ciertos rasgos centrales contemplados en el marco de las pautas culturales hegemónicas sobre el ser varón. Esta idea de la masculinidad cobra sentido en tanto se analiza el fenómeno pandillero.

Formulación del problema

Este trabajo se pregunta por lo siguiente: ¿en qué estado de la cuestión se encuentra la inclusión de la masculinidad en los estudios sobre pandillas juveniles en la ciudad de Cali y Medellín, durante los últimos veinte años? E, igualmente, ¿cómo dicha inclusión facilita la comprensión sobre este fenómeno en particular? Las pandillas juveniles en Colombia han sido estudiadas en el marco del conflicto armado colombiano, intensificado en las zonas urbanas, en especial, en sectores marginados (Baird, 2009; Baird, 2012b; Baird; 2018 y Bedoya, 2010). No obstante, la literatura acerca de este fenómeno, hasta hace algunos años, no habría priorizado la influencia de las múltiples masculinidades o, en cierta manera, una perspectiva de género para la comprensión de la reproducción del fenómeno pandillero y, con ello, su ejercicio violento sobre los territorios. En consecuencia, a este trabajo le interesa entender en qué estado están los análisis, estudios o reflexiones en torno a este fenómeno, pero involucrando la masculinidad como noción clave.

Para Baird y Rogers (2016), la mayoría de estudios en Colombia sobre las pandillas juveniles se centran en Medellín, aunque existe literatura acerca de este fenómeno en ciudades de menor tamaño como Cali. Este trabajo tiene en cuenta ambas ciudades, debido al alto número de conflictos urbanos en los que se vieron inmersas por el auge del narcotráfico y las luchas de estos grupos contra el Estado que, a su vez, estuvieron enmarcadas en el conflicto armado colombiano. En efecto, Rubio (2007) afirma que el contexto de pandillas en Colombia surge con el marco de violencia política del cual ha sido víctima el país desde 1948, agravado desde la década de los setenta con el tráfico de drogas, lo que llega al casco urbano desde los ochenta y, en particular, a las zonas marginadas. El crimen organizado, al ubicarse en estas zonas, configura la realidad social

de los habitantes, de ahí que mantengan una directa relación con las pandillas juveniles. De esta manera, las pandillas terminan siendo una subrama del conflicto urbano de múltiples capas y que, en ciudades como Cali y Medellín, ha estado latente durante varias décadas.

Pese a que gran parte de la literatura encontrada cuenta con planteamientos acerca de cómo los jóvenes viven su masculinidad dentro de las pandillas, esto todavía es un ligero cúmulo abordado desde las dinámicas de securitización ciudadana². En algunos de los análisis sobre ciudades Cali y Medellín, es evidente la creciente relación entre las pandillas, el narcotráfico y el crimen organizado. Por lo tanto, muchos de los trabajos se enfocan en cómo solucionar el “problema pandillero” y hacer de la convivencia ciudadana una prioridad. Ahora, Bedoya y Ocampo (2019) afirman que ni las pandillas ni la violencia muestran signos de disminuir, lo que ha impulsado este tema en el orden político, donde aparece fuertemente en la retórica populista y sensacionalista informes de los medios de comunicación y, recientemente, tienden a ser etiquetados incluso como “terroristas”³. Lo anterior, hace que los estudios se centren más en los obstáculos y retos que supone las pandillas para las ciudades y no en el comportamiento de los miembros pertenecientes a las organizaciones (Bedoya y Ocampo, 2019).

Aunque estas investigaciones diluciden la gestación y vinculación de las pandillas, todavía hay un vacío en la explicación de la necesidad de exponer y validar la masculinidad por medio de las acciones violentas que se realizan en este contexto, a pesar de que los mismos miembros anuncian y proclaman su intención y necesidad de ser “el más hombre” para poder ganarse el respeto y temor de sus pares y de sus oponentes (Baird, 2012^a; Baird, 2012^b; Buitrago, 2014; Muñoz, 2015; Galeano, 2016; Baird, 2017^b y Baird, 2018). Pese a que los análisis enfocados en la securitización ciudadana responden al fenómeno pandillero, este no indaga por las prácticas, las representaciones, las creencias y los discursos que permiten acceder a la realidad simbólica y dicotómica que expone y reproduce un régimen patriarcal, jerárquico y desigual. Pese a que las pandillas juveniles se reproducen en concordancia con la violencia urbana, producida por el

² Cada capítulo consta de un apartado relacionado a las pandillas juveniles en el marco de la securitización ciudadana. Para el caso de Cali, se destaca: Sanabria y Uribe (2007), Solarte (2010) o Callejas (2012). Por otro lado, en la ciudad de Medellín haría planteamientos bajo estas consideraciones, por ejemplo, por parte de Bedoya (2010) o Bedoya y Ocampo (2019).

³ Principalmente, esto es traído a colación por el caso de El Salvador, ya que, en el 2015, la Corte Suprema de Justicia habría establecido que las pandillas de maras pueden ser grupos terroristas (BBC, 2015). No obstante, el gobierno colombiano ha calificado a las pandillas juveniles, sin hacer una previa distinción, como “bandas criminales al servicio del narcotráfico” (BACRIM) al considerarlo un grupo nuevo, sucesor de las AUC y compuesto por muchos jóvenes (El Colombiano, 2015).

conflicto armado interno, sólo se accede al entendimiento de los actores si se establece cuáles han sido las implicaciones en los comportamientos de los jóvenes y mujeres inmersos en ese mundo.

En este orden de ideas, este estado del arte describe y caracteriza, mediante literatura especializada, cómo se ha incluido la masculinidad en los estudios sobre pandillas juveniles en la ciudad de Cali y Medellín, durante los últimos veinte años. De la misma manera, plantea cómo dicho concepto puede facilitar una comprensión del fenómeno pandillero. Se prioriza una perspectiva de género para entender cómo se gestan y se expresan las múltiples masculinidades existentes dentro de las pandillas y por qué existe la necesidad de una adopción y exageración de las masculinidades hegemónicas en la búsqueda de la validación de pares y adversarios. Al plantearse el análisis por las pandillas juveniles, este trabajo de revisión literaria, de manera germinal, contribuye, articula e identifica las múltiples dimensiones de la masculinidad en el fenómeno pandillero para hacer visible cómo algunas de sus prácticas y discursos se convierten en riesgos, obstáculos o potencialidades para las ciudades y, en particular, para los sectores vulnerables que son los más afectados.

El trabajo de investigación abarca principalmente fuentes académicas para su constitución. Los informes institucionales, realizados por la Alcaldía de Cali o Ministerio de Justicia, tanto en Cali como en Medellín, enfocan sus análisis en estrategias nacionales de seguridad ciudadana. La pandilla no deja de ser vista como un obstáculo frente a la vida ciudadana; por ello, el trabajo prioriza los estudios que recojan nociones, ideas y argumentos que agreguen al debate la comprensión de la masculinidad en este fenómeno. Como lo ha planteado Gómez (2015) y Muñoz (2015), el enfoque de género en Colombia, además de las masculinidades, todavía es nuevo, de ahí sea bienvenida los estudios indexados que se piensen este problema. La fecha de recolección de información es alta, debido a la carencia de este enfoque en el país.

En consecuencia, si se tiene en cuenta que las masculinidades son representaciones de género históricamente situadas y socialmente construidas, es necesario caer en generalizaciones. Tanto en Medellín como en Cali se destacan y coexisten diversas masculinidades que, por una parte, son afines con la violencia, responsables en gran medida de muertes y agresiones en las ciudades; por el otro, están otras masculinidades alineadas con el cuidado de la vida mediante el arte, la creatividad y la resistencia. Ya que las masculinidades son dinámicas, en tanto un hombre puede cambiar de parecer a lo largo de su vida, habría aspectos que predominan según el espacio social. Por lo tanto, este trabajo concibe la categoría de masculinidad -esto es, sus múltiples formas-

como una noción clave para la comprensión del fenómeno pandillero en tanto los motivos y concepciones de vida buena de los miembros.

Metodología

En términos metodológicos, este trabajo aborda los periodos de 2002 al 2019. Debido a que la perspectiva de género todavía es un tema germinal en Colombia (Gómez. 2015) y, en particular, el estudio sobre las masculinidades (Muñoz, 2015), el periodo es sumamente extenso. La investigación, por lo tanto, no deja de ser exploratoria, pues no ha sido una empresa fácil encontrar documentos investigativos sobre un problema -pandillas juveniles- y su relación con la masculinidad. No obstante, de los trabajos encontrados, se ha permitido crear un análisis que desarrolla de la manera más adecuada a esta temática respondiendo al objetivo del trabajo en particular.

El trabajo se realiza a través de una búsqueda bibliográfica que, aunque especializada, abordara de manera implícita la categoría de masculinidad. Para dicha tarea, se tuvieron en cuenta bases de datos y repositorios institucionales que estudiaran esta categoría, en estas ciudades en particular, al margen de las pandillas juveniles, esto es, no hombres mayores a 25 años. De los trabajos seleccionados, se tienen en cuenta aquellos que abordan las tres unidades de análisis nombradas -masculinidad, Cali-Medellín, pandillas juveniles-. Ya que el trabajo aborda no sólo literatura enfocada en perspectiva de género, sino también en seguridad, se presenta la segunda como un primer acercamiento y, a través del primero, se profundiza y se expone los vacíos de analizar este fenómeno sin este enfoque. Para la primera parte del trabajo, la definición de masculinidad se enfoca en la obra de Bourdieu y Connell, aunque no deja de tener un enfoque interseccional. Igualmente, los relatos que son expuestos en ese capítulo obedecen a plataformas digitales, al igual que los estudios de Domínguez y Baird, caracterizados por sus metodologías de entrevistas e historias de vida.

Cabe mencionar los pocos estudios o artículos en correspondencia al número de informes institucionales sobre la eliminación de pandillas juveniles o bandas criminales en estos sectores, sin enfocarse en que, pese a que generen violencia, no dejan de ser personas en contextos principalmente vulnerados o marginales. Los trabajos expuestos son principalmente estados del arte, investigaciones teóricas y etnográficas. Muchos de ellos basan sus aportes mediante recolección de información por medio de entrevistas o grupos focales, además de la creación de historias de vida. Los trabajos seleccionados son treinta en total: quince para el caso de Cali y lo

restante para Medellín. Estos, al ser seleccionados por las tres unidades de análisis que abordaban, son seleccionados también por su metodología situada y etnográfica. Además, se privilegian los estudios de género acotados en este trabajo por el acercamiento con el pensamiento de Viveros, Urrea y Baird, investigadores reconocidos en el tema de las masculinidades en Colombia actualmente.

Hipótesis

El estado de la cuestión expone un vacío en los estudios sobre pandillas al no abordar explícitamente la categoría de masculinidad como pieza faltante desde la perspectiva de género.

Objetivos específicos

- Identificar la categoría de masculinidad, desde una perspectiva de género, en los relatos de pandillas juveniles.
- Dar cuenta de la relación entre la masculinidad construida en las pandillas juveniles y la violencia que ejercen estos grupos en territorios vulnerados.
- Mostrar una relación marcada entre la hipermasculinidad⁴ y los hombres que integran las pandillas.

Estructura del trabajo

Este estado de la cuestión consta de tres capítulos. El primer capítulo aborda en qué consiste la masculinidad en el marco de las pandillas juveniles. Empero, se agrega un enfoque interseccional al concepto, al igual que múltiples relatos de expandilleros con el propósito de exponer la diversidad de masculinidades que hallan los jóvenes en estos grupos, aunque con prácticas o conductas hegemónicas en su actuar. El segundo capítulo describe y caracteriza los estudios en torno a este fenómeno y su relación con la masculinidad en la ciudad de Cali desde 2002 al 2017. Sucede lo mismo con el tercer capítulo, ya que este realiza un ejercicio similar con la ciudad de Medellín. En ambos capítulos se opera de la siguiente manera: se abordan las lecturas que, aunque poseen una idea de la masculinidad, no es explícita, su función principal o una perspectiva de género, aportan elementos de comprensión al trabajo; luego, se muestran aquellos trabajos que sí cuentan con una perspectiva de género. Finalmente, este trabajo concluye exponiendo los vacíos

⁴ Este tipo de masculinidad potenciada no se da por el hecho de que los miembros de la pandilla se autoreconozcan como parte de este género, sino que hay una necesidad de reconocimiento como hombre –con todas las características y estatus que esto atañe– por parte de los otros miembros de grupo.

en torno a cómo la perspectiva de género podría dar herramientas para entender estas dinámicas de manera loable.

CAPÍTULO I. ¿En qué consiste la masculinidad? Relatos de los hombres en el marco de las pandillas juveniles

Los hombres no están permanentemente comprometidos con un solo patrón de masculinidad, sino que más bien tienen un repertorio de actuaciones de género para desempeñarse en el mundo según el momento y el lugar (Baird, 2018).

Este capítulo identifica la categoría de masculinidad, desde la perspectiva de género⁵, en los relatos de pandillas juveniles. En tanto este trabajo no se pregunta por el surgimiento de las pandillas juveniles⁶, sí reflexiona los procesos de vinculación a ellas. Pese a que los determinantes, según Baird (2017), sean de orden subjetivo, a saber, delincuencia, drogas y violencia intrafamiliar, todavía existen complejidades relacionadas con el proceso del “empandillamiento”. La categoría de masculinidad, aunque no sea la única, podría explicar, por lo menos, la persistencia de los jóvenes en estas pandillas. La masculinidad conduce a una serie de estrategias producida por una división sexual en el que, en el marco del género, lo masculino se subleva sobre lo femenino. Esta práctica se hace visible a partir de la vinculación a la pandilla, en el caso de los jóvenes, como una práctica social basada en el género y en la necesidad de “hacerse hombre”.

El orden expositivo es el siguiente. En primer lugar, se expone en qué consiste la categoría de masculinidad al abordar aportes de la obra de Bourdieu y Connell, al igual que especialistas enfocados en la perspectiva de género. Cuando se plantea la división sexual, se aborda la conformación de múltiples habitus masculinos y estrategias que, precisamente, le permiten una posición de privilegio a la masculinidad. La masculinidad descansa en una posición jerárquica que, al responder al ámbito del género, se constituye socialmente y de diversas formas. No obstante, el habitus requiere de diversos capitales que lo constituyen, por lo que, en segundo lugar, se aborda una perspectiva interseccional de la masculinidad desde una visión decolonial. En tercer lugar, definida la categoría de masculinidad, se evidencia su presencia en algunos relatos sobre pandillas juveniles, en particular, en la región latinoamericana. En estos relatos se destaca principalmente la violencia territorial, los ritos de iniciación y casos del narcotráfico.

⁵ Pese a que Bourdieu no trabaja o aborda una perspectiva de género explícitamente, sus trabajos acerca de la masculinidad y el ejercicio de la dominación sobre otros sirve como un elemento sociológico a lo que entiende este trabajo como perspectiva de género, puesto que expone la visión androcéntrica en funcionamiento dentro de la sociedad y de las estructuras por las que actuamos.

⁶ De acuerdo con Baird (2018), aunque se ha asociado la exclusión socioeconómica con el surgimiento de las pandillas, este no es el único determinante; al contrario, existen factores “como el crimen organizado, el tráfico de drogas, la proliferación de las armas de fuego, la debilidad del Estado y la urbanización acelerada” (Baird, 2018, p. 11).

En el presente ejercicio, al abordar la categoría de masculinidad, se muestra la vinculación de los jóvenes dentro de las dinámicas de pandillas. “Hacerse más hombre” equivale a un proceso de construcción social en lo que lo masculino le corresponden símbolos, comportamientos y concepciones de mundo, definidos de acuerdo con unas condiciones, manifestado en un sistema de relaciones de poder que subleva al sujeto masculino. Bourdieu aborda las categorías de campo y habitus e indica que este último es de orden estratégico al componerse de prácticas que mantienen o mejoran el patrimonio y las relaciones sociales: justamente, la masculinidad es una estrategia. Así, esta se presenta como una serie de posiciones jerárquicas, organizadas estratégicamente, en distintos lugares que acumulan diversos tipos de capital. Ya que responde a distintas condiciones, en zonas marginadas, los jóvenes, en su búsqueda por “hacerse hombres”, se vinculan a pandillas desde muy temprana edad (Baird, 2017).

En cuanto a la decisión de los jóvenes por vincularse y mantenerse en pandillas, según sus relatos, la masculinidad está latente. En el segundo apartado se abordan una serie de relatos tanto de la ciudad de Cali y de Medellín con el propósito de esclarecer el concepto de masculinidad en las dinámicas de las pandillas juveniles. Como se habría planteado en la formulación del problema, el trabajo tiene en cuenta a estas ciudades, debido al alto número de conflictos urbanos en los que se vieron inmersas por el narcotráfico y las luchas contra el Estado⁷. Los relatos son, traídos a colación, fragmentos de periódicos y entrevistas dentro de artículos académicos que, a su vez, cuentan abordan tres características similares: los motivos de amistad y cohesión para unirse a la pandilla; el miedo como factor determinante para posicionarse, al igual que el uso de la violencia selectiva y estratégica para el ejercicio de la dominación de unos sobre otros. Estos tres elementos, al estar presentes en dichos relatos, indican una masculinidad en las pandillas que emplea el miedo, la violencia y la cohesión entre “parceros” como variables para el reconocimiento sobre otros y el forjamiento de la autoestima.

⁷ En los análisis de Domínguez (2003), Ordóñez (2017), Centro Nacional de Memoria Histórica (2017) y Baird (2018) son fuertes las aseveraciones en las que el origen de los carteles, el fenómeno paramilitar y demás grupos narcotraficantes en pelea con el Estado han fomentado las pandillas juveniles al ofrecerles medios económicos en tanto protejan sus territorios y vendan sus productos ilegales. El fenómeno de las pandillas, tanto en la década de los ochenta como en la actualidad, se ha visto permeado por estas situaciones en los que, debido a la falta de oportunidades y altas tasas de analfabetismo, los jóvenes toman las pandillas como un medio no sólo para subsistir, sino para ser reconocido y aceptado.

La masculinidad: de la división sexual, el habitus y las estrategias para su posición jerárquica

En la medida en que los estudios crítico-feministas han deconstruido la categoría de feminidad (Téllez y Verdú, 2011), también se ha estudiado la categoría de masculinidad. La masculinidad es un constructo social y cultural, lejos de cualquier esencialismo o determinismo biológico, de ahí que, por ejemplo, deba distinguirse entre sexo y género. Estos estudios niegan la universalización de una única concepción de ser hombre, ya que sus prácticas y discursos cambian de acuerdo con el tiempo y el lugar histórico. “No hay un único y permanente modelo de masculinidad válido para cualquier grupo social o para cualquier momento” (Téllez y Verdú, 2011, pp. 85-86). En efecto, dentro del mismo orden social, surgen masculinidades múltiples diferenciadas por la clase social, edad o etnia y cambian a lo largo de vida de un sujeto particular.

Bourdieu (2000) dilucida la dominación masculina⁸ como orden estructurante hasta en las relaciones más cotidianas y se pregunta por los mecanismos históricos responsables de la eternización relativa de las estructuras de la división sexual y de los principios que la justifican; en otras palabras, cuáles son los determinantes para que las mujeres y los hombres se apropien de unos roles que, en consecuencia, generan opresión de uno sobre otro. La división social, extraordinariamente común, permite entender la lógica de la dominación ejercida en nombre de un principio simbólico conocido y admitido tanto por el dominador como por el dominado (Bourdieu, 2000). Esta lógica está latente en el estilo de vida, idioma, discurso, entre otros. Por lo tanto, “las desigualdades biológicas en los órganos reproductores clasifican a los individuos en diferentes grupos de sexos” (Téllez y Verdú, 2011, p. 87); por lo cual, los diversos ordenes sociales crean mecanismos de división sexual en función del género.

Para Bourdieu (2000), el orden de lo sexual o sexualidad responde a un conjunto de oposiciones. Estas oposiciones –arbitrarias y aisladas- dividen los discursos y las actividades (ya sean sexuales o no) de acuerdo con la oposición entre lo masculino y lo femenino. La inserción en un sistema de oposiciones homologas, al ser parecidas en la diferencia, afirma Bourdieu (2000) “suelen ser lo suficientemente concordantes para apoyarse mutuamente entre sí y, a través del juego

⁸ Justamente, Bourdieu, desde una postura crítico-feminista- se interesa por los procesos de reivindicación de la mujer, de manera que centre sus análisis en la dominación masculina y que, precisamente, construye la masculinidad. “Gracias a que el principio de visión social construye la diferencia anatómica y que esta diferencia social construida se convierte en el fundamento y en el garante de la apariencia natural de la visión social que la apoya, se establece una relación de causalidad circular que encierra el pensamiento en la evidencia de las relaciones de dominación, inscritas tanto en la objetividad, bajo la forma de divisiones objetivas, como en la subjetividad, bajo la forma de esquemas cognitivos que, organizados de acuerdo con sus divisiones, organizan la percepción de sus divisiones objetivas” (Bourdieu, 1998, p. 12).

inagotable de las transferencias prácticas y de las metáforas, confieren a cada una de ellas una especie de densidad semántica originada por la sobredeterminación de afinidades, connotaciones y correspondencias” (p. 10). Bajo esta oposición, la división entre los sexos está al orden de las cosas – en tanto natural y normal- hasta el punto de no poderse evitar: es un estado del mundo social, incorporado en los hábitos y cuerpos de las personas en el marco de sus percepciones, pensamientos y maneras de actuar. “Esta experiencia abarca el mundo social y sus divisiones arbitrarias, comenzando por la división socialmente construida entre los sexos, como naturales, evidentemente, y contiene por ello una total afirmación de legitimidad” (Bourdieu, 2000, p. 10).

Frente a la división sexual de lo masculino y femenino, la fuerza androcéntrica -o también masculinidad- se descubre ante el mundo sin justificación alguna. Esta visión se impone como neutra y no debe someterse a ningún discurso para ser legitimada en el orden social. Este orden funciona “como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya” (Bourdieu, 1998, p. 11): termina en una división sexual del trabajo que designa actividades, espacios, lugares, instrumentos. Por consiguiente, la masculinidad es continuamente legitimada por las prácticas mismas que determina y concibe; pertenece al ámbito de lo común, lo normal, lo necesario y lo evidente. Si se recuerda que esta fuerza está mediada por la división sexual, “los órganos sexuales externos son un marcador físico que condiciona al individuo en la sociedad, y le coloca en una posición jerárquica” (Téllez y Verdú, 2011, p. 88).

En la obra de Bourdieu, a su vez, habría componentes y momentos objetivos -campos, clase social o grupos- asociados con algunos de orden subjetivo. Estos componentes son el campo y habitus. Respecto al concepto de campo, es una metáfora que indica los distintos dominios de la vida social (Bermúdez, 2013). Estos dominios hacen referencia a instituciones, reglas y normas que los sujetos aprenden para jugar el juego que genera el campo como tal. Los sujetos actúan en distintos lugares del campo: algunos en situación de ventaja como en otros de dominio (Bourdieu, 2007). No obstante, al hablarse de la división sexual, tanto mujeres como hombres transversalizan los campos⁹ y expresan principios de interpretación acerca de la realidad y reguladores de su conducta arraigados al habitus (Bermúdez, 2013). Si bien el campo y el habitus obedecen a una

⁹ En los relatos expuestos en el segundo apartado de este capítulo, Carlos, un joven ex pandillero, aun cuando delinquía, soñaba con ser ingeniero mecánico. En diversas ocasiones, estos poseen unos fines para llevar a cabo su masculinidad que, aunque no pertenecen al campo en el que nacieron, no significa que no estén presentes en su día a día. Pese a que los campos pueden variar los deseos y creencias de los hombres, la masculinidad sigue siendo transversal.

complicidad ontológica de manera que el agente se constituye, en el habitus se desenvuelve las visiones de género.

Si esto es correcto, las visiones del género –feminidad y, en particular, la masculinidad- generan un habitus. “El género pasa a ser entendido como una forma de expresión de las estructuras, en el espacio de múltiples feminidades o masculinidades” (Bermúdez, 2013, p. 285). En lo que concierne al habitus, este es un sistema de disposiciones duraderas y transferibles: estructuras estructuradas que funcionan como estructuras estructurantes, a saber, principios o normas que constituyen prácticas y representaciones adaptadas a su meta con desconocimiento de sus objetivos. No son objetivo de la obediencia, pero sí exigen reglas. Estos principios son definidos con relación a las potencialidades objetivas, “inscritas de manera inmediata en el presente, cosas por hacer o no hacer, por decir o no decir, en relación con un porvenir probable [...] se propone como una urgencia y una pretensión de existir que excluye la deliberación” (Bourdieu, 2007, p. 87). En otras palabras, el habitus se compone de prácticas que, si bien no son obligatorias, son interiorizadas por los sujetos al punto de ser normalizadas.

La composición de las prácticas le asegura al habitus su carácter estratégico. El habitus asegura la presencia activa de percepciones pasadas que, registradas en cada persona bajo su percepción, pensamientos y acción, tienden con seguridad a garantizar el cumplimiento de reglas a través del tiempo. Este opera, ante todo, a nivel inconsciente que predispone al sujeto a la exteriorización de algunos comportamientos, motivaciones y acciones que reproducen lo social. El habitus, debido a su composición estratégica, entiende el conjunto de prácticas, fenoménicamente diversas, por medio de las cuales los sujetos aumentan o conservan su patrimonio –diversos tipos de capital- y correlativamente, mantienen o mejoran su posición en la estructura de las relaciones sociales (Bourdieu, 2007). “Tales estrategias se encontrarían enraizadas en las vivencias familiares, en sus presencias y ausencias, y en ciertas marcas de clase” (Bermúdez, 2013, p. 296).

Si la estrategia descansa en un conjunto de prácticas que un sujeto realiza para beneficio de su patrimonio y de sus relaciones sociales, la masculinidad es, en consecuencia, una estrategia. No hay propiamente un habitus masculino, sino múltiples categorías que permiten el entendimiento de los hombres al expresarse en los diversos habitus. La masculinidad es una actuación que se lleva a cabo estratégicamente en tiempo real que amplía su efecto (Bourdieu, 2000). Ya que debe ser opuesto a la feminidad u homosexualidad, se mantiene en un “esfuerzo defensivo” por no serlo; por consiguiente, de acuerdo con Butler (2007), es un proceso de actuación y conversión constante.

“Los hombres no están comprometidos con un solo patrón de masculinidad, sino que más bien tienen un repertorio de actuaciones de género para desempeñarse en el mundo según el momento y el lugar” (Baird, 2018 p. 22). Por ejemplo, mientras que un joven puede agredir a una civil por robarla en la calle, en su hogar, a diferencia, podría ser cariñoso con su madre y sus hermanas.

La masculinidad representa una serie de prácticas institucionalizadas localizadas en relaciones de poder capaces de ejercer dominación. Para Connell (2003), la masculinidad se inserta en cuatro dimensiones de la vida social mediante el género: productiva, emocional, de poder y simbólica. En cuanto a la productiva, la división sexual del trabajo se hace latente en tanto otorga significados y valores jerárquicos diferenciados al trabajo masculino y al femenino, lo que genera asimetrías y pone en situación de riesgo a las mujeres. Respecto a lo emocional, el terreno de la sexualidad está marcado por una doble moral y exclusión de las mujeres: mientras que los hombres poseen el derecho al placer y al prestigio por el ejercicio sexual, las mujeres son criticadas (Connell, 2003). Frente a las relaciones de poder, esta es una dimensión central para explicar las dinámicas de control que ejercen los hombres en el orden social. Por último, como aporte de Bourdieu (2000), la violencia simbólica da cuenta de la dominación masculina. Frente a la relación con el poder, este le permite a la masculinidad sublevarse sobre otras relaciones sociales.

Cabe agregar que, pese a que, a través de la masculinidad, los hombres obtengan beneficios para su patrimonio no implica que esto no sea dañino. En esto consiste la paradoja de la masculinidad, de acuerdo con Bourdieu (2000). La visión androcéntrica es un atentado contra el hombre. “El privilegio masculino no deja de ser una trampa y encuentra su contrapartida en la tensión y la contención permanentes, a veces llevadas al absurdo, que impone en cada hombre el deber de afirmar en cualquier circunstancia su virilidad” (Bourdieu, 2000, p. 39). Con todo, puede afirmarse que las cargas de la virilidad pueden procurar sufrimiento y, por consiguiente, una vulnerabilidad particular: “todo contribuye así a hacer del ideal imposible de la virilidad el principio de una inmensa vulnerabilidad” (Bourdieu, 2000, p. 39). Los hombres, enmarcados en los múltiples habitus masculinos, pueden sentirse acorralados por los roles que deben cumplir para “hacerse hombres”. Para Téllez y Verdú (2011), mientras que la feminidad se aplica más al esencialismo, la masculinidad requiere un esfuerzo por ser demostrada. En efecto, Godelier (cómo se citó en Téllez y Verdú, 2011) afirma que:

El dominio social masculino debe ser visto como fruto del sacrificio del hombre. Un hombre busca el poder, la riqueza y el éxito no para sí mismo sino para otros. Él recibe honores por su disposición a servir o morir si es necesario. La hombría es un honor, pero a menudo es un honor mortal (p. 90).

Hasta ahora, la masculinidad sería un resultado de la división y la sublevación de la visión androcéntrica sin ninguna justificación: parece evidente y necesaria en el marco del género. Al responder al género, la masculinidad es la expresión de múltiples estructuras capaces de constituir habitus. Estos son estratégicos al proponer una serie de prácticas que aseguran o mejoran el patrimonio y la posición de sus relaciones sociales, de ahí que los hombres, en las relaciones de poder, pueden ejercer dominación. Con esta definición, la masculinidad opera en la estructura social y actúa conforme su posición en el mundo sea mantenida o mejorada. En términos de Connell (2003), es una expresión de privilegio, aunque pueda resultar en una paradoja (Bourdieu, 2000). No obstante, esta visión no deja de ser eurocéntrica, puesto que la masculinidad está entrelazada con cuestiones de género, raza, etnicidad, clase, entre otras. De esta manera, la masculinidad se construye a través de relaciones contextualizadas y diferentes en cada espacio social.

La interseccionalidad de la masculinidad y su apuesta transversal

Al plantearse el habitus masculino como categoría que facilita la existencia de la heteronormatividad, este concepto todavía es incompleto. Existen diversos capitales que lo constituyen, al igual que múltiples posiciones sociales que configuran el espacio social¹⁰. Justamente, por estos capitales y jerarquías en juego, el habitus requiere del campo social, pues lo reafirma. Ya que estos dos conceptos son inseparables, el campo es la esfera de la vida social que se autonomiza a través de la historia según relaciones, intereses y recursos propios, diferentes a otros campos. Los campos sociales son campos de fuerza que, contantemente, luchan para transformarse o conservarse (Guerra, 2010). Ya que el habitus tiene la capacidad de reproducir prácticas, el campo facilita cómo estas se interiorizan en los individuos. La visión que cada persona tiene de sí, aunque se deriva del espacio, está constituido por el habitus y el campo de donde se ubica. En consecuencia, los diferentes habitus condicionan la existencia de los individuos, por lo que no existe sólo una forma, sino diversas.

Con esta comprensión del campus, espacio social y habitus, el concepto de masculinidad

¹⁰ En la obra de Bourdieu (como se citó en Guerra, 2010), campo no es igual a espacio social. El espacio es un sistema de posiciones sociales que se definen relacionándose entre sí. El valor de cada posición se mide por la distancia social que se separa de otras posiciones más inferiores. “Es decir, el espacio social es un sistema de diferencias sociales jerarquizadas en función de un sistema de legitimidades socialmente establecidas en un momento dado” (Guerra, 2010, p. 397).

todavía tiene una connotación eurocéntrica. Los análisis de Bourdieu, en cuanto a la masculinidad, no dejan de responder a una concepción de esta en términos de hegemónica, blanca y europea. En efecto, lo masculino no está construido como un universal, sino que responde a un lugar histórico y a las apreciaciones que se tiene de esta según el contexto. Al establecer la idea de diversos habitus, también se habla de diferentes masculinidades que representan modelos culturales diversos en cuanto a la raza, clase, nación o género. La masculinidad eurocéntrica no simboliza al hombre criollo, negro, indígena, u obrero latinoamericano. Bajo estas formas de ser en el espacio social, las experiencias se transversalizan, de ahí que nos interese establecer la interseccionalidad en el marco de la masculinidad. Por ejemplo, la concepción de ser un hombre en Cali, en la comuna 13 o 14, no es igual a la de un hombre perteneciente a la comuna 22 y 17; igualmente, quien pertenece a estas últimas comunas, podría tener una percepción de lo que debe ser un hombre frente a un joven chochoano o un hombre campesino. Estos hombres constituyen masculinidades diferentes, reguladas por el campo de cada uno y que difieren en el espacio social. Bajo esta situación, las masculinidades cuentan con un sentido interseccional. Viveros (2016) afirma que:

La raza, la clase y el género son inseparables empíricamente y se imbrican concretamente en la “producción” de las y los distintos actores sociales [...] Angela Davis, por ejemplo, muestra cómo los hombres esclavos no disponen de casi ninguna de las características que se atribuyen generalmente a los hombres para definir su dominación: no son propietarios, no proveen a las necesidades de su familia, no controlan la relación conyugal; a veces, incluso, se encuentran obligados a realizar actividades de costura, limpieza y cocina que se asocian generalmente con el trabajo femenino. [...] Sin embargo, el hombre esclavo no puede ser descrito como un actor social dominante, ya que los atributos de su virilidad están devaluados por su posición en la división social del trabajo (p. 10).

La interseccionalidad, así surge en respuesta a las diversas experiencias del ser de las mujeres, puede responder a la masculinidad. Para Magliano (2015), la idea de interseccionalidad es usada, a finales de los setenta, por algunas feministas negras en Estados Unidos. En una publicación de 1989, Kimberly Crenshaw, feminista negra, habría advertido que, para captar la forma particular en que las mujeres negras son subordinadas en los procesos judiciales, debe tenerse en cuenta la experiencia interseccional en tanto habría racismo y sexismo en esos procesos (Magliano, 2015). Debido a lo anterior, los sistemas de género, raza y dominación de clase son de carácter social al constituir no sólo identidades individuales, sino principios para organizar la vida social. Así, afirma Menjívar (2016), la interseccionalidad implica que categorías como clase, sexualidad, raza o género se incorporen al análisis de lo social con el propósito de incorporar todas las experiencias posibles de las mujeres. De manera original, el concepto reside en una comprensión de lo femenino y de lo afronorteamericano. No obstante, la interseccionalidad es

sugerente para comprender la masculinidad, pues esta se configura a través de la posición en el espacio social y en la concepción que este les da sobre sí mismos (Menjívar, 2016). En este sentido, la experiencia masculina se articula también a la concepción racial, de género y de clase.

Un caso serían los análisis de Viveros (2002) acerca de la masculinidad conforme al género y a la raza. En Colombia, por ejemplo, las relaciones sexuales del mestizaje tienden a ser normales o consensuadas, pues se ha naturalizado la mezcla entre mujeres negras con hombres blancos; no obstante, los hombres negros o indios con mujeres blancas, en la historia colombiana -en específico, siglo XIX-, tiende a verse antinaturales. Esta problemática ilustra que la comprensión de la masculinidad se construye a través de las diferencias de género, así como también diferencias raciales. Para Viveros (2002), “[..] como el sexismo, el racismo acude a la naturaleza con el fin de justificar y reproducir las relaciones de poder fundadas sobre las diferencias fenotípicas” (p. 274). Ambas categorías se asocian a la realidad subjetiva y social, además que le da significado simbólico al ser de cada individuo.

Así, la masculinidad se construye de manera transversal. Esto significa que todos los hombres pueden tener niveles asimétricos de poder y prestigio. “Por el contrario, toda posición social supone conflictos, competencias y alianzas entre quienes ocupan una posición semejante, así como disputas, abiertas o soterradas, entre quienes ocupan jerarquías diferentes” (Guevara, 2008, p. 88); en otras palabras, la posibilidad de dominar desde la masculinidad no supone homogeneidad en la identidad y disposición, sino el orden de identidades masculinas múltiples que responden a diversas condiciones. Por ejemplo, si en zonas urbanas altas o medias la masculinidad gira en torno a determinadas habilidades -liderazgo- o actividades -los estudios profesionales o un buen empleo-. En zonas vulneradas, ya sean urbanas o rurales, la masculinidad gira en torno a situaciones de pobreza y exclusión social, y en algunos casos se relaciona con el ejercicio de la violencia (Guevara, 2008). Pese a que la masculinidad tiende a ser de orden hegemónica y, por ende, ejercer dominación (Connell, 2003), las masculinidades de zonas urbanas con mejor capacidad económica frente a las vulneradas no son igual, pues responde a la condición y contexto de los sujetos.

Precisamente, que la masculinidad esté ligeramente determinada por algunas condiciones, en el caso de zonas marginadas, esta se “alcanza” mediante la inserción de pandillas. En Baird (2018), frente al tema de las pandillas juveniles, habría una generación de un habitus masculino, puesto que “al forjar su camino hacia la adultez, los niños y jóvenes persiguen significantes materiales y simbólicos de hombría, que consideran de valor, por medio de sus comportamientos,

sus acciones y sus prácticas” (p. 14). Dichos significantes son entendidos por el autor como capital masculino, cuya acumulación es la expresión observable de la identidad masculina resultado del habitus. En el caso de las pandillas, este habitus impulsa a los jóvenes a buscar caminos que logren identidades masculinas normativamente “exitosas”. Si la acumulación del capital masculino se ve obstaculizada por la pobreza y exclusión, la pandilla es la herramienta para lograr la hombría (Baird, 2012). Bajo la consideración de este habitus masculino, se comprende la reproducción de la pandilla como una práctica social basada en el género.

De manera particular, la masculinidad responde a múltiples condiciones (Guevara, 2008). Pese a que los estudios sobre interseccionalidad se han enfocado a las mujeres, este resulta indispensable para un análisis de lo masculino desde una perspectiva de género. Los hombres se circunscriben en múltiples habitus, reafirmados por el campo, en el espacio social. Una lectura eurocéntrica de la masculinidad no facilita una comprensión del fenómeno colombiano en que los hombres cuentan distintas experiencias al entender que existe una concepción de la masculinidad negra, indígena, obrera, etcétera. Ya que la masculinidad es transversal, esta es contextual a cada hombre. Los jóvenes, en zonas marginadas, ven la inserción o vinculación en las pandillas como medios para alcanzar su “hombría” (Baird, 2017). A continuación, el siguiente apartado aborda una serie de relatos sobre pandillas juveniles en la ciudad de Cali y esclarece el papel de la masculinidad.

Relatos en el marco de las pandillas juveniles: cohesión, miedo y la violencia territorial

En este apartado se abordan una serie de relatos contados por jóvenes, que han abandonado las pandillas, en la ciudad de Cali y Medellín con el objetivo mostrar el papel de la masculinidad en las dinámicas pandilleras, ya sea por la vinculación a su relación con otros pandilleros. Principalmente, los relatos provienen de páginas de internet independientes -por ejemplo, KienyKe.com-, en el que periodistas han realizado el ejercicio de entrevistar a jóvenes pandilleros o expandilleros de la ciudad de Cali y Medellín. Igualmente, otros de relatos surgen de trabajos como Domínguez (2003), en la ciudad de Cali, y Baird (2018) al entrevistar más de treinta expandilleros en la ciudad de Medellín. En este trabajo ya se ha definido en qué consiste la masculinidad, al tratarla desde una perspectiva de género e interseccional, como múltiples estrategias -inherentes al habitus- en el que los hombres pueden aumentar y/o mantener su patrimonio -diversas formas en las que se compone el capital- y las posiciones en sus relaciones sociales. Con esta definición, la labor correspondiente es describir cada uno de los relatos, en

particular, los elementos clave en los que los jóvenes ven inmiscuida la masculinidad en el marco de las pandillas en Colombia. En este sentido, cada relato es descrito de acuerdo con su posición geográfica y, más adelante, se revela la masculinidad implícita.

Los tres primeros relatos están ubicados en la ciudad de Cali. En el barrio Potrero Grande, ubicado en la comuna 21¹¹, se alberga más de “8 pandillas con más de 170 jóvenes integrantes” (Baracaldo, s.f., párr. 1). Baracaldo (s.f.) afirma que ser niño en Potrero Grande parecería un castigo, pues los “menores más afortunados logran ir al colegio, mientras que [...] otros han quedado atrapados en el círculo de violencia de las pandillas barriales que han fragmentado al sector con fronteras invisibles que custodian por la vía armada” (párr. 2). A su vez, se recalca las pocas oportunidades laborales que hay en esta comuna, de ahí que la inserción al pandillaje. Ya que la pobreza y exclusión es una constante, surge la necesidad por sobrevivir es el denominador común, por lo que las pandillas resultan un espacio, a través de acciones ilícitas, para suplir necesidades básicas.

La plataforma KienyKe.com, al ser un medio de comunicación alternativo e independiente, facilita un acercamiento a la situación de dos jóvenes de 21 años, Johan y Bairon¹², que, actualmente, se han retirado de la vida pandillera. Por un lado, Johan logró dejar de ser cabecilla de una de las pandillas de Potrero Grande. Debido a que su familia había huido de la violencia en el suroccidente de país, estos llegaron a sectores de invasión a enfrentarse con las nuevas dinámicas de la violencia urbana. Si bien su relato cuenta acerca de las divisiones territoriales y los motivos por los que se retiró del grupo, el trabajo aquí se interesa por las imágenes que son transversales a la masculinidad. Mientras cuenta su historia, Johan describe lo siguiente: “cuando llegué acá me tocó coger guerra obligao’. **Por los amigos con los que mantenía o que conocía, me fue gustando eso de andar armado**” (Baracaldo, s.f., párr. 5)¹³. Más adelante, Baracaldo (s.f.) le pregunta por sus labores con las pandillas y, al responder que cuidaban el barrio, se le preguntó por otro tipo de actividades. Johan responde: “comencé a robar y meter vicio. Metía marihuana y la ‘pepa’. Era una

¹¹ Esta comuna, ubicada en el oriente de Cali, cuenta con el número más alto de violencia ejercida por pandillas en la ciudad para el 2016. “Las principales causas de homicidios en la comuna son por pandillas y venganzas. Los grupos de edades más afectados en su orden son de 20 - 29 años, 18 - 19 años y de 15 - 19 años. Los homicidios se concentran en el barrio Potrero Grande, que se ubica entre los primeros 20 barrios de la ciudad con el mayor número de homicidios. La venganza, las riñas y las pandillas fueron el motivo de los 126 homicidios presentados en la comuna 21” (Alcaldía de Cali, 2016, p. 1).

¹² Baracaldo (s.f.) advierte en su investigación que los nombres de los entrevistados fueron cambiados con el propósito de proteger su identidad, ya que las represalias están a la orden del día.

¹³ Las negrillas usadas en este apartado son propias de este trabajo, ya que busca hacerse énfasis en las palabras o frases que develen una idea de la masculinidad en estos jóvenes.

pastillita blanca que le provocaba a uno una reacción buena. **Me ponía como más fuerte, más valiente**” (Baracaldo, s.f., párr. 5).

Por otro lado, Bairon vive aislado de su familia, debido a que hay una línea imaginaria al lado de la calle que, al cruzarla, encontrará la muerte. Cuenta tenía quince años y acababa de llegar al barrio, Bairon pensaba en ir a saludar a uno de sus amigos del pasado que se encontraba a pocas cuadras. Cuando lo hizo, lo “agarraron a plomo sólo porque yo me quedé acá y no allá. Yo era de ellos, y me vine donde los ‘gordos’, entonces **ellos creyeron que los estaba jodiendo**” (Baracaldo, s.f., párr. 2). Otro elemento clave para el análisis radica en que, al ser acosado, Bairon responde que: “yo les he tratado de decir: muchachos, déjenme sano que yo soy sano. Si ustedes me carrerean, yo los carrereo **porque yo no soy mocho**, [o sea], pues que nos demos con cuchillo o Broca, ¿si pilla?” (Baracaldo, s.f., párr. 3). Hoy en día, Bairon se ha retirado de las pandillas, pero no encuentra trabajo ni ha querido estudiar.

Habría otra historia en Potrero Grande, a saber, la de Carlos (Semana, 2016). Cuando tenía catorce años e ignoraba los “límites mortales” entre los barrios, fue acorralado, pero “logró canjear su encuentro con la parca por un ritual de humillación: a cambio de perdonarle la vida debía **acurrucarse y cantar los pollitos a todo pulmón**” (Semana, 2016, párr. 2). En cuanto su vinculación con las pandillas, Carlos afirma que se debió a su necesidad por sobrevivir, ya que las condiciones básicas no eran satisfechas. Este, más adelante, explica cuáles son las dos condiciones necesarias para liderar una pandilla, pues él lo hizo hace algunos años: “**el que tenga su liga (dinero) y su aparato (arma de fuego) es el que manda, es el jefe**” (Semana, 2016, párr. 4). Agregar algo más. En la actualidad, Carlos se ha retirado de las pandillas y busca realizar su estudio profesional en ingeniería mecánica.

Tanto en los relatos de Johan, Bairon y Carlos hay elementos fundamentales en los que la masculinidad resulta visible. Respecto al caso de Johan, Ordóñez (2017) considera que las pandillas en barrios marginales en la ciudad de Cali son grupos de jóvenes unidos por lazos emocionales; “una suerte de comunidad afectiva controladora y violenta. Ellos “parchaban” juntos en las esquinas, jugaban fútbol en la calle, se drogaban en los rincones de sus dominios y defendían su territorio con un cuchillo” (Ordóñez, 2017, p. 111). El hecho de crear vínculos con otros iguales es, para el caso de Johan, el motivo de inserción en una pandilla. En tanto son sus amigos y, a su vez, repudiados por la comunidad, generan reconocimiento y unión entre pares. Igualmente, cuando Johan plantea que le gustaba estar “armado” se entiende el arma como una herramienta que subleva

simbólicamente su poder dentro de las relaciones en las que puede participar: al controlar quien vive y quien muere a través de un arma, se garantiza una posición de poder y dominación sobre otros (Connell, 2003), propio a la idea de masculinidad hegemónica. Participar en una pandilla, para Johan, significa “el sentimiento de ser alguien, respetado y temido, en un lugar donde estos jóvenes tienen pocas opciones y por consiguiente poco control sobre sus vidas” (Domínguez, 2003, p. 85).

En cuanto a los fragmentos del relato de Bairon, Ordóñez (2017) argumenta que, en la realidad cotidiana de los jóvenes pandilleros provenientes de zonas marginales, se desarrollan ideas y creencias en las que la masculinidad es valorada positivamente a través de las acciones violentas. Es decir, en una realidad violenta y marginal, el “más hombre” es quien resiste y ejerce cualquier acto de violencia. Cuando Bairon se refiere a que lo “agarraron a plomo”, porque la pandilla pensaba que los “estaba jodiendo” al no respetar las líneas territoriales, se describe que cualquier inconveniente -en este caso, atravesarse una cuadra- parece una “ofensa a la dignidad y al orgullo, y hasta a las cosas más triviales¹⁴ se las reviste de una severa trascendencia e importancia” (Ordóñez, 2017, p. 111). Para Ordóñez (2017), al aclarar Bairon que no es “mocho” describe situaciones en las que “aquel capaz de un mayor nivel de violencia, de los actos más irreflexivos y temerarios, de una mayor brutalidad, se gana el respeto, el temor y la admiración de sus pares” (p. 111); en la medida que Bairon se enfrente al otro y demuestre que puede hacerlo, sólo obtendrá el respeto de sus pares. En consecuencia, la masculinidad es justificada mediante los enfrentamientos violentos que responden a quién es más fuerte como resultado de las situaciones más triviales en las que se puede desarrollar un conflicto.

En la misma línea, la historia de Carlos recoge dos eventos en los que la masculinidad está latente. Cuando se cuenta cómo pudo resolver no ser “baleado” al entrar en otro territorio, lo contrario a la visión masculina resulta evidente. Tanto la acción de “acurrucarse” como cantar una canción infantil expresan sensibilidad y niñez. En contraste, la masculinidad para estas pandillas es entendida como el deber de ser fuerte, erguirse frente a la situación y ser un “hombre”

¹⁴ Evidentemente, este trabajo no considera que las discusiones territoriales sean triviales; al contrario, el segundo capítulo se dirige a discutir el tema. En efecto, la calle es, para las pandillas, un escenario de acontecimiento correspondiente a una localización específica. “Ese pequeño territorio –a veces unas pocas calles que limitan con las fronteras invisibles del odio– está sujeto a un conjunto de reglas simbólicas que remiten a un sistema cultural del honor [...]. Este código honorífico prescribe la defensa del territorio como una obligación moral y manda que cualquier miembro de otra pandilla que ose violar el perímetro, debe ser perseguido y muerto” (Ordóñez, 2017, p. 117). En este documento, al referirse a trivial, indica que quizá un chico de catorce años, poco conocedor de las dinámicas pandilleras, no lo vea como un motivo por el ser baleado.

(Domínguez, 2003). Simultáneamente, el miedo surge como un factor de superioridad frente al otro: el hecho de obligarse a que se muestre débil e infantil pone al otro en la posición de dominador en la relación de poder. El miedo resulta lo contrario al respeto. En una investigación realizada por Domínguez, en el barrio de Siloé con integrantes de pandillas juveniles, se cuenta lo siguiente:

Mire mi amor, en Siloé uno se tiene que hacer respetar. Si usted vive en Siloé y quiere andar por ahí fresco se tiene que hacer respetar, tiene que hacer que lo vean. Uno no puede simplemente andar por ahí, bien vestido, con sus zapatillas y que tal porque **si usted es medio gallina ya perdió**, y si la camisa sale con las zapatillas y la gorra sale con la camisa pues ahí sí perdió el año. Pero nosotros podemos dejar las zapatillas nuevecitas ahí en la calle que nadie las toca, porque el que las toca lo que siente es la muerte por detrás (Domínguez, 2003, p. 93).

Parecido a los efectos que causa el miedo, quien cuente con mayor capital económico y simbólico, puede mantener o mejorar su patrimonio y relaciones sociales. Durante su relato, Carlos afirma que la persona que cuente con un arma y dinero es el jefe de la pandilla. Por lo tanto, la posición de superioridad está dada de acuerdo con el capital acumulado que se tenga, ya sea este de orden económico y simbólico (Bourdieu, 2000); justamente, la masculinidad, en su nivel superior, responde a estas acumulaciones con el propósito de proteger, mantener y mejorar sus relaciones de poder. Como sucedió en el caso de Johan, el arma es quizás el símbolo más palpable del poder hegemónico masculino. “Tiene una calidad estética, hasta libidinosa, que refleja la emoción, la seducción y el “poder del deseo del bien” (Baird, 2018, p. 34). De la misma manera, en el relato de Carlos, la violencia se usa de manera selectiva y estratégica en tanto garantice superioridad a quien la ejerce.

Debido a que las pandillas poseen un fuerte contenido emocional, ya que se consideran amigos que “parchan” y realizan otras actividades, eso explica en ocasiones su inserción. La violencia es un ejercicio de poder en el que no se da sin motivo y sin un blanco: es selectiva y estratégica, pues les permite a los jóvenes pandilleros mantener una posición de dominador sobre otros. “En este contexto, las pandillas parecen proveer esas “soluciones mágicas” para los jóvenes, [entre ellas], cierta fantasía de poder y control mediante el uso extremo de la violencia” (Domínguez, 2003, p. 87). Otro elemento recurre al “ajuste de cuentas” como un crimen movido por la pasión que, si bien parece ser trivial, es explicado a partir del rompimiento de un contrato o quebranto de una regla, puede llevar a la muerte. Aquellos que son enfrentados por estos ajustes, son relegados a débiles y a niños, en contraste con lo fuerte y lo hombre.

Otros relatos se ubican en la ciudad de Medellín. Las comunas populares o barrios más marginales de la ciudad son conocidos como “laberintos superpoblados” en los que se extiende sobre los cerros y se alberga la mitad de la población de la ciudad. “Aunque en los últimos años los alcaldes Sergio Fajardo, Alonso Salazar y Aníbal Gaviria han logrado avances importantes, Medellín es todavía la ciudad más desigual del país en términos de distribución de ingresos” (Baird, 2018, p. 17). Las pandillas juveniles, desde la década de los setenta hasta la actualidad¹⁵, se han convertido en organizaciones estructurales e institucionalizadas.

Si bien la ciudad no ha retornado a los niveles de violencia de inicios de la década de los noventa, la inseguridad generalizada y el continuo control de las comunas más pobres de Medellín, por parte de las pandillas, es todavía un factor determinante del día a día en la ciudad (Baird, 2018, p. 20).

Baird (2018) realiza un estudio sociológico, a partir de la realización de cuarenta entrevistas a pandilleros de la ciudad de Medellín, para dar cuenta del concepto de masculinidad inmiscuido en esos relatos. Similar a los fragmentos tomados de Johan, Bairon y Carlos, Baird (2018) los motivos por vinculación de la pandilla, el miedo como estrategia para el dominador, al igual que el ejercicio selectivo de la violencia. Respecto a los motivos por vinculación, entre los entrevistados están el Carritas y el Mechudo los cuales cuentan lo siguiente:

Le voy a decir la verdad. Muchos de nosotros no nos metimos [a las pandillas] por necesidad ni nada así, sino por las amistades, porque si uno tiene amigos que están en eso, pues entonces uno va a estar en eso también. Uno quiere estar haciendo lo que ellos estén haciendo. Y si sus parces están ahí, entonces uno puede hablar con el jefe [o el duro] con mayor facilidad y él lo deja a uno entrar (Carritas citado en Baird, 2018, pp. 23-24).

¿Por qué me vinculé? Por mis amistades, y me gustó, me gustaba. La plata, el trabajo que le dan a uno y todo eso. Beneficios para sus hijos, para sus padres y todo eso. Yo tengo un hijo. Me gusta esta mierda... pues hasta ahora. Yo y mis parces siempre hemos estado haciendo las rondas [actividades pandilleras]. Lo que tocara hacer nosotros metíamos la ficha, nosotros los mismos pelaos del barrio (El Mechudo citado en Baird, 2018, p. 25).

Baird (2018), además del Centro Nacional de Memoria Histórica (2017), afirman que las pandillas están dominadas por hombres al ser espacios de socialización masculina,

¹⁵ En efecto, Baird (2018) afirma que, “durante las dos décadas entre 1980 y 2000, aproximadamente 40 000 jóvenes murieron víctimas de homicidio, de los cuales el 93 % eran varones; este fenómeno se ha llamado la “generación perdida” (Suárez Rodríguez, 2005; Riaño-Alcalá, 2006). En su mayoría provenían de las comunas populares, por lo que un pandillero la describe como “una guerra entre pobres, éramos como los palestinos” (p. 18).

representaciones homosociales y heterosexuales hegemónicas. La referencia a los “parces” implica un apoyo mutuo o compañerismo entre los miembros de la pandilla, además de las continuas actividades, que facilita la cohesión grupal. Esta cohesión está actuando constantemente al reforzar los lazos masculinos, la exclusión hacia los rivales y, en especial, la naturaleza machista de las pandillas. “Las características heteronormativas y hegemónicas de la pandilla actúan como una barrera formidable contra las masculinidades subordinadas e identidades no conformes. La homosexualidad, la femineidad y las mujeres son, por lo general, excluidas” (Baird, 2018, p. 26).

En cuanto a la violencia, la vinculación a las pandillas y a sus actividades violentas son los mecanismos usados por jóvenes menos favorecidos para desarrollar un camino hacia la adultez masculina y a forjar su autoestima (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017). El ejercicio de la violencia implica un símbolo de la masculinidad y, por consiguiente, es la aspiración de diversos jóvenes inmersos en las pandillas. Pepe (como se citó en Baird, 2018), un joven no pandillero, reconoce la situación al afirmar que

Imagínese que [para un niño] en la casa no hay suficiente comida, ninguna relación amorosa y mucha violencia, y todo el tiempo ven al duro del barrio que tiene una moto, zapatos de moda, chicas, ropa cara, todo ese tipo de cosas. Pero también goza de respeto, de reconocimiento, poder. Entonces, claro, los jóvenes de por aquí dicen “no joda, ¡ese es el tiro!” (p. 32).

Para Baird (2018), la ambición masculina se vincula con el rebusque por reconocimiento mediante la violencia exteriorizada. La exteriorización de la violencia refleja las dinámicas de la pandilla. Un duro alcanza su posición de liderazgo en la medida que se convierte en el más “malo”, pues demuestra la violencia en público y, constantemente, de manera “espectacular” (Baird, 2018). Este ejercicio de la violencia debe excluir lo femenino y las masculinidades no hegemónicas. Ser pandillero debe demostrar maldad y, dicha maldad, es desarrollada en el marco de una violencia selectiva y estratégica -pública y asombrosa- que lo subleva sobre otros para el forjamiento de su autoestima y consideración que tiene sobre sí mismo.

Ser varón en la sociedad patriarcal es ser importante. Este atributo se presenta con un doble sentido: por una parte, muy evidente, ser varón es ser importante porque las mujeres no lo son; en otro aspecto, ser varón es ser muy importante porque comunica con lo importante, ya que todo lo importante es definido como masculino (Marqués, 1997, p. 19).

El hecho de armarse, al ser el símbolo más poderoso de la masculinidad, le agrega a los hombres superioridad y reconocimiento sobre otros mostrándose, así como el más fuerte, el más hombre. El Mechudo (como se citó en Baird, 2018) cuenta que: “a las mujeres les gustan hombres con armas, los disparadores, porque le dan a uno el poder, entonces los niños lo miran a uno y dicen ‘¡Uy! Yo quiero ser igualito a usted’” (p. 34).

En suma, este primer capítulo ha tratado lo siguiente. En su primer apartado aborda la categoría de masculinidad como una estrategia en la que los hombres, al reconocer su beneficio, aumentan o mejoran su patrimonio, además del lugar en el que están inmersos en el marco de sus relaciones sociales. No obstante, esta definición todavía es eurocéntrica, de ahí que, en el segundo apartado, se plantee la necesidad de un análisis interseccional de la masculinidad. Mediante la interseccionalidad, se provee que existen múltiples formas de vivir la masculinidad, debido a los diversos capitales y al campo social, en particular, de los jóvenes en condiciones de marginalidad que tienden a ser pandilleros. Al tener presente esta definición, el habitus pandillero -al igual que su capital y el campo social que lo compone- se vislumbra en los relatos de jóvenes de la ciudad de Cali y Medellín. Por ello, el tercer apartado presenta algunos relatos que dan cuenta de la cohesión y hermandad masculina; el miedo como un factor que puede brindar superioridad o inferioridad sobre los otros en un ejercicio de poder; la violencia, como factor más relevante, estratégica, pública y selectiva que genera a los hombres reconocimiento, admiración y alta autoestima. Estos relatos, pese a que son de dos ciudades diferentes, al igual que responden a diferentes fenómenos, tienen elementos similares que, a continuación, son analizados según la literatura en cada ciudad.

CAPÍTULO II. El panorama en Cali. La masculinidad en las pandillas desde un enfoque de seguridad ciudadana hacia algunas consideraciones étnico-raciales

Este capítulo describe y caracteriza la literatura correspondiente a la idea de la masculinidad en el marco de las pandillas juveniles en la ciudad de Cali. No hay una lectura unívoca de la masculinidad en el marco de las pandillas juveniles. Esto se debe a que el estudio de las masculinidades, tal como lo plantea Viveros (2002), es un análisis todavía prematuro en el país. En efecto, habría algunos estudios que no tienen en cuenta al concepto o lo entienden de manera implícita; también habría análisis que, pese a que conciben la categoría de masculinidad, no lo hacen propiamente dentro de la vida pandillera. Justamente, por esta diversidad de reflexiones, el capítulo busca abordar diversas posturas o lugares de escritura que responden por cómo se ha estudiado -o acercado- a la idea de las múltiples masculinidades existentes en el marco de las pandillas juveniles en la ciudad de Cali.

En consecuencia, este capítulo, mediante la descripción y caracterización de la literatura, presenta trabajos que incluyen la masculinidad en pandillas juveniles, ya sea desde un enfoque de seguridad ciudadana o mediante variables interseccionales para comprender la problemática. Con la situación planteada, este capítulo destaca dos lecturas o acercamientos de la literatura encontrada sobre la masculinidad en las pandillas juveniles, aunque tiene en cuenta la variación de los análisis. La mayoría de los estudios son etnográficos, trabajos principalmente teóricos y estados del arte, al igual que cuentan con entrevistas, estudios de caso y talleres junto a ex pandilleros. Respecto a la temporalidad, los escritos escogidos se ubican desde el 2000 hasta el 2017.

Ahora bien, el primer acercamiento no concibe explícitamente una idea de masculinidad, sino que, más bien, enfoca su análisis a las pandillas juveniles. Es decir, no habría una clara perspectiva de género como tampoco variables interseccionales. La seguridad ciudadana es entendida como la protección al normal funcionamiento de las instituciones democráticas, la defensa del ciudadano del crimen y otras acciones que puedan dificultar sus derechos fundamentales. Bajo esta dinámica, las pandillas juveniles resultan un problema en la ciudad. Otros estudios se interesan por cómo los periódicos y la opinión pública se han interesado por el fenómeno pandillero, similar a algunos análisis antropológicos o sobre las prácticas culturales de estos grupos. En este sentido, las lecturas se destacan no por hablar de la masculinidad implícitamente como tampoco desde una perspectiva de género, sino que se interesan por analizar las pandillas juveniles.

Por otra parte, un segundo acercamiento sí concibe la categoría de masculinidad y da cuenta de la conformación de un ethos que explica no sólo el proceso de vinculación a las pandillas juveniles, sino también sus motivos y el espacio social que les facilita este proceso. Por ello, los estudios presentados hablan de categorías como el honor, agregan a las mujeres en este proceso de empandillamiento y agregan análisis étnico-raciales. Cali, con su área metropolitana, luego de Bogotá y Medellín, es la tercera región urbana de Colombia. Para el 2000, afirman Quintín y Urrea (2000), 2,8 millones de sus habitantes estaría compuesta por población negra y mulata. Si bien no hay ningún estudio que afirme que en Cali haya ‘ghettos raciales’, similares a los de Estados Unidos, es cierto que, a nivel de análisis ciudadano, la lógica de distribución y concentración de esta población sigue una pauta racial. Esta pauta se asocia a los contextos urbanos más pobres junto con la población de color más oscuro. La segregación socio-racial de la población negra en la ciudad, lo que no se afirma de las personas blancas o mestizas, es un patrón de segmentación del espacio que coincide con estos (Viveros, 2002).

Estudios en torno a las pandillas juveniles: de los actos delictivos, ausencia institucional, prácticas y símbolos

Las pandillas no es un fenómeno que sucede en Colombia, sino que están en todo el mundo. Mediante el ejercicio de la violencia, estos grupos habitan en sus localidades y actúan de acuerdo con su ley. Por lo tanto, han sido una prioridad en materia de seguridad para los gobiernos locales. En este caso, Cali no es la excepción. Sin embargo, un análisis simplista de este fenómeno obviaría algunos factores como lo son: la inmersión de los actores armados en estos territorios, el desplazamiento producto del conflicto interno y la ausencia estatal. Esta otra cara, en la que queda comprometida la misma institucionalidad, es olvidada. La conflictividad urbana se ha convertido en un problema de primer orden para la ciudad de Cali en estas últimas décadas, por lo que algunos estudios analizan la situación desde estos enfoques y variables.

Lectura en clave de seguridad ciudadana acerca del fenómeno pandillero juvenil

En el 2007, Sanabria y Uribe (2007) estudian la prevalencia del acto delictivo en un grupo de jóvenes infractores de las leyes colombianas; por consiguiente, su objetivo es describir las principales tipológicas de conductas delictivas entre los jóvenes en Cali mediante sus antecedentes judiciales. A través de un estudio de los datos de la Policía Nacional, se encontraron datos en los cuales las conductivas delictivas variaban según edad y sexo para el año 2003. La unidad de análisis estuvo conformada por 3,677 jóvenes infractores y la edad media fue de 15,75 % años. Ahora, el

acto delictivo más común en el sexo femenino fue el hurto, fabricación o porte de estupefacientes y tráfico, mientras que los hombres portaban armas de fuego o municiones. Estos últimos, a diferencia de las mujeres, manifiestan mayores actos delictivos. El diseño del modelo de análisis corresponde a un nivel de investigación descriptivo-exploratorio. Cabe agregar que el procedimiento versa en el análisis de los datos proporcionados por la Policía Nacional.

Frente a los resultados y la discusión, Sanabria y Uribe (2007) presentan lo siguiente. Las variables biológicas y evolutivas -como edad y sexo- son de suma importancia para la manifestación de los actos delictivos; en este sentido, es relevante la intervención diferenciada en perspectiva de género para los programas que subsanen estas problemáticas. Respecto a las diferencias por sexo, los hombres presentan mayor participación de la delincuencia que las mujeres. No obstante, no deja de ser importante su participación. De igual manera, los resultados indican que los jóvenes de 14-16 son quienes más practican estas acciones, aunque no se descarta que la participación comienza desde los 12 años. Cabe agregar que el hurto es el tipo de conducta delictiva más presentado en adolescentes de ambos sexos en Santiago de Cali; seguido, por la fabricación y porte de armas o el tráfico de estupefacientes.

Así, esta investigación presenta aportes para la identificación de las conductas de los adolescentes en la ciudad de Cali. Otro aporte es que hace una diferenciación de género en el acto delictivo que, si bien es cierto que la población femenina cuenta con menos participación, no deja de ser activa en estas acciones. Otro aporte es la identificación del acto delictivo en función de su edad, pues expone la evolución e incremento desde la preadolescencia de este tipo de conductas. Por consiguiente, estos conocimientos facilitarían el diseño de políticas públicas diferenciadas que reduzcan estas acciones. Se espera que no sean acciones inmediatas como la detención, sino que haya educación que tenga efectos positivos para los jóvenes y el contexto en el que se encuentran. En cuanto a los vacíos, es que no está presente la categoría de masculinidad ni tampoco una perspectiva de género en la investigación.

Solarte (2010) pretende hacer una aproximación al escenario juvenil del oriente de Cali. Este escenario se caracteriza por moverse entre la violencia y la búsqueda por una mejor convivencia. El objetivo de este artículo es comprender las dinámicas juveniles de la violencia – además, de la no violencia- que se mueven en el sector. Entre otras peculiaridades, el oriente de la ciudad, afirma Solarte (2010), ha sido reconocido por sus altas tasas de delincuencia juvenil y precariedad económica. La metodología es cualitativa al realizar 20 entrevistas a jóvenes y mujeres

de 17-24 años del sector. El escenario está constituido por diferentes campos, a saber, económico y el social. Lo interesante de este escenario es que sus principales actores son jóvenes entendidos como víctimas y, al tiempo, victimarios. Los datos expuestos indican que, de acuerdo con Solarte (2010), aunque los jóvenes son los más afectados por la violencia, las mujeres las producen estos entre los 13 y los 26 años.

En cuanto a las pandillas, su presencia es muy significativa en este sector particular de la ciudad. De los jóvenes entrevistados, la mayoría ingresó a una banda existente en su barrio. Los hombres no actúan solos, pues las mujeres también participan de las actividades. Con información de la policía de la ciudad, Solarte (2010) considera que, a diferencia de los hombres, las mujeres participan mucho mayores en pandillas, al igual que, frente a las muertes diferenciadas por sexo y edad, son los hombres quienes más las realizan. “En este mundo dominado por los hombres, las mujeres nunca están exentas de los maltratos, de las violaciones y de los hombres que, a cualquier costo, están dispuestos a mostrarles quién es el que manda” (Solarte, 2010, p. 150). Cabe agregar que, según lo dicho en las entrevistas, este mundo es llamativo para los jóvenes al estar cargado de estatus y extravagancias, en caso de que se llegue a delinquir.

En estas historias, además de la estructura de las pandillas, se encuentran familias disfuncionales, situaciones económicas precarias o poca capacidad de inserción laboral. El oriente de Cali, al contar con habitantes en su mayoría marginados, no ha podido integrarse a otros sectores de la ciudad, por lo que las necesidades económicas apremian y se recurre a los actos delictivos. Para Solarte (2010), entre mayores condiciones de vida buena se les ofrezca a estos jóvenes, tienen menos posibilidades de caer en actos delincuenciales. En conclusión, el escenario juvenil de violencia va más allá de la pandilla o la banda. Al ser los jóvenes de estos sectores víctimas de la violencia estructural del Estado, las garantías para que estos no ejerzan actos delictivos son mínimas. A diferencia del análisis de Sanabria y Uribe (2007), Solarte (2010) valora otras variables en el análisis de la violencia en este sector, de ahí su aporte. Estos análisis de seguridad, aunque cuenten estudien el papel de la mujer en las pandillas, no lo hacen en perspectiva de género al abordarse, de manera prioritaria, las pandillas en clave de seguridad ciudadana.

Desde una metodología de revisión documental, Callejas (2012) plantea una relación entre la constitución de grupos armados paramilitares, la emergencia del narcotráfico y la posterior configuración de bandas criminales no sólo como expresiones de la militarización nacional, sino su ampliación en los contextos locales. La investigación se focaliza en la comprensión de las

prácticas que manifiestan los espacios identitarios de los y las jóvenes de Aguablanca y que, desde luego, involucra multiplicidad de actores y sujetos sociales. Particularmente, interesa su análisis sobre la vinculación de las pandillas o grupos criminales, por parte los jóvenes, como una ampliación de la militarización nacional. Para 2012, las dinámicas organizativas a las orillas de Aguablanca están por fuera de la legalidad, lo que han constituido nuevas instituciones: pandillas juveniles, bandas delincuenciales u oficinas de cobro. Las prácticas ilegales instrumentalizan a los jóvenes, despojan y controlan el territorio, lo que excluye a estos de otras participaciones en la esfera social. En su trabajo de investigación se concluye que, aunque la paz sea una luz en la lejanía, hay retos que, como ciudadanía, se deben adelantar si se quieren ayudar a estos grupos.

Para comenzar, Callejas (2012) distingue entre pandillas y bandas delincuenciales. Las pandillas son escenarios de socialización cotidiana en el que se configuran formas de hacer, ser o estar en el mundo, al igual que hay un reconocimiento entre pares y una asociación fraternal. “Muchos de éstos surgen como búsqueda de un lugar a habitar, existir, luchar y vivir en relación a los otros/as de igual condición etaria” (Callejas, 2012, p. 65). Los integrantes de las pandillas tienden a verse como familia. Definitivamente, la pandilla no es un negocio ni implica necesariamente jerarquías dentro de su estructura interna. Frente a estas diferencias, los jóvenes entrevistados sugieren que el parche es una actividad concreta que congrega amigos, la pandilla es una fraternidad que se asienta en un espacio físico y busca reconocimiento en su sector. Las dinámicas de las pandillas son propiciadas por los y las jóvenes en sus contextos interbarriales, interesquinas o intercuadra en el que las relaciones por fuera de la fraternidad se desarrollan con enfrentamientos violentos. Los jóvenes se ven expuestos a represiones y estigmatizaciones que se manifiestan por medio de luchas hacia quienes identifican como un enemigo cercano y no el statu quo a favor de la hegemonía.

Ahora, las relaciones que entablan las pandillas con bandas criminales es resultado de la carencia de un aparato institucional que facilite a los jóvenes otras formas de vida. las pandillas proponen su propio accionar y lugar delincencial, esto es, el robo y la circulación de la población en los microespacios que habitan permanentemente como la esquina, el muro, la banca; el lugar de parche, se convierte en una “oficina”. En aras de avanzar en la estructura delincencial inicia el proceso de militarización del territorio por parte de jóvenes militantes en pandillas. Se ven, entonces, los líderes de pandillas que se van perfilando como cagadas o mirlas son reclutados por las oficinas chiquitas para sicariar. “Ya en este nivel de asunción de tareas y acciones delictivas se

profesionaliza el uso de la violencia para una estructura de capital” (Callejas, 1012, p. 67). El Estado, al no estar presente, no le deja a los jóvenes otras opciones. Bajo esta idea, la militarización nacional, legal o ilegal, se extrapola a las localidades y aquellas que carecen de protección estatal, se ven más penetradas por las prácticas criminales.

Callejas (2012), en su trabajo, afirma que los jóvenes continúan en una búsqueda por nuevas instituciones. Instituciones como la familia o la escuela, al estar en profunda crisis, ha posibilitado la exposición de la violencia en la esfera pública y privada. Igualmente, el estudio invita a nuevo cuerpo institucional que haga frente a las dinámicas sociales de las juventudes mediante la construcción colectiva y cotidiana con las comunidades. Los jóvenes en condición de pobreza han sido víctimas de señalamientos y criminalización. Estos se ven inmersos por el abandono del Estado, mientras las que las guerras entre actores ilegales continua vigente. Si bien la paz no está a la vuelta de la esquina, hay potencialidad en la juventud; por lo que se exige, si se quiere una ciudad más segura y pacífica, confrontar la mirada y cambiar las reglas de juego en el que prevalezca la cooperación y la solidaridad.

El fenómeno pandillero a través del periodismo y la opinión pública en Cali

En su estudio, López (2009) presenta los hallazgos más relevantes de un estudio realizado con jóvenes integrantes de grupo juvenil del barrio Conquistadores en Cali. El propósito de la investigación es exponer los imaginarios que tienen sus miembros sobre las acciones violentas realizadas y de su respectivo entorno. En búsqueda de responder por este objetivo, describen algunos actos violentos, identifican las motivaciones y las influencias familiares, de su espacio social y del contexto en el que surgen. López (2009) entiende por parches juveniles como grupos donde sujetos-jóvenes desarrollan relaciones de amistad entre ellos al querer divertirse y prevalecer sobre otros grupos rivales. Esto último implica una relación con la violencia como carácter polarizador que divide la realidad. En cuanto a la metodología, se señala que es un estudio cualitativo con enfoque etnográfico de tipo exploratorio-descriptivo con jóvenes -mujeres y hombres- de 16 y 20 años del barrio Conquistadores de la ciudad de Cali.

En cuanto a los hallazgos de la investigación de López (2009) se devela parte de los imaginarios los jóvenes acerca de los actos violentos ejecutados. Los actos violentos son dirigidos a personas del común: su mayoría son robo a mano armada, heridas con arma blanca y un solo caso de asesinato para la fecha. Normalmente, las personas son de otros barrios y, principalmente, hombres. De la violencia por parte de estos jóvenes se identifica que esta representa la

autoconstrucción de su realidad a partir de sus experiencias y que, a su vez, se configura en su relación con los otros. De hecho, la motivación por el ingreso de los jóvenes a los parches fue desplegando actos violentos en una variedad de modalidades que contaban con diferentes pretensiones relacionadas en contra o beneficio de algunas personas para ellos mismos. De esta manera, “las acciones violentas podrían constituirse entonces, no solo en la forma de suplir lo que no le ofrecen, sino también de manifestar los sentimientos de una identidad juvenil que está en la búsqueda de construcción, de consolidación” (López, 2009, p. 382).

Sin embargo, al pensarse que el actor principal de la violencia juvenil, se le despoja su cualidad humanizadora. Justamente, uno de los aportes de la investigación de López (2009) es desmitificar la idea que el joven que realiza el acto delictivo vive bajo efectos psicoactivos, que desea continuar realizando estos actos y, finalmente, terminar en la cárcel o muerto. Esta es una de las primeras investigaciones en el que el pandillero no es llamado por violento, debido a que es una apelación irrespetuosa. Por lo tanto, López (2009) prioriza la importancia del trabajo comunitario y la búsqueda por fortalecer los espacios sociales en torno a la salud pública y a una educación para estos jóvenes. Los vacíos de la investigación es que no hay una aclaración explícita al concepto de masculinidad, además de que carece de una perspectiva de género, y se queda corto frente al proceso de vinculación de los jóvenes.

Mediante una revisión historiográfica y periodística, Valencia (2010) analiza la exhibición del honor masculino en los jóvenes pandilleros, en la ciudad de Cali, a través de cuatro periódicos El Caleño, Q’Hubo, Occidente y El País entre 1984 y 1995. Los medios de comunicación crean definiciones hegemónicas sobre las problemáticas asociadas a la violencia juvenil. Estos análisis poseen un carácter explicativo y no comprensivo; “lo que conduce a que las medidas estatales siempre sean del mismo talante: más coerción, mayor control, menos tolerancia” (Valencia, 2010, p. 1). De esta manera, se interesa por cimentar las bases teóricas del estudio acerca del honor masculino como variable emergente de las relaciones entre estos jóvenes y, a su vez, estudiar cómo es tratado el tema de los conflictos juveniles en los distintos discursos periodísticos al ser un elemento disociador de grupos sociales determinados.

Entre los resultados obtenidos, los delitos más comunes relacionados con el honor entre jóvenes son, a saber, el homicidio, el enfrentamiento territorial y el atentado de hecho/palabra. La diferencia entre el Q’Hubo y El Caleño es notoria, ya que, mientras el primero intenta que su público reaccione emocionalmente ante la información, el segundo profundiza en el detalle

macabro de sus primeros planos. Ya que el trabajo se enfoca en la categoría de honor como condición especial para la investigación, es destacable que las principales motivaciones por las cuales se presentan los dos delitos más comunes se relacionan con esta categoría. Otra consideración reside en que los cuatro periódicos tienden a particularizar el delito en la víctima y en el victimario al enfatizar el carácter grupal del acontecimiento criminal. Por último, habría un protagonismo masculino en los hechos violentos registrados. Las mujeres no son propiamente perpetradoras, sino excusas que motivan el enfrentamiento viril. La figura de la mujer aparece como el “objeto” en disputa por el que se lucha hasta la muerte.

Dos años después, Valencia (2012) revisa nuevamente las apariciones mediáticas en la prensa local con el propósito de obtener 298 registros de delitos cometidos por jóvenes pandilleros en la ciudad de Cali. Este recalca que los móviles de la acción cometida por estos jóvenes se enfocaban en cuestiones de honor, a saber, afrentas, injurias, crímenes pasionales y venganzas. De la misma forma, estos registros demostraron que, en el marco de estas dinámicas, el Estado no posee una institucional fuerte, ya que, al ser agraviado el honor masculino, la violencia física contra los otros estaba a la orden del día, pues resulta como una herramienta eficaz para resolver conflictos por el espacio o por los códigos que la pandilla ha establecido. La investigación emprendida es resultado de un estudio de caso particular en la ciudad de Cali y su metodología es la sistematización de los registros mediáticos obtenidos.

En específico, Valencia (2010) plantea el honor y la masculinidad como una conexión que es representada a través de la violencia. La lógica del honor sólo cobra sentido en ordenes políticos en los que el liberalismo no se consagró, pues hace referencia a aquellos lugares en los que el discurso de la dignidad no fue una posibilidad para dotar a las personas de igualdad formal y jurídica. El ideal del honor surge como un bien que se posee, le da sentido a lo individual y, por consiguiente, no puede perderse. “En este sentido, se puede precisar que el honor pertenece a una forma premoderna de concebir las relaciones sociales en el marco de la resolución de los asuntos comunes en la vida pública” (Valencia, 2010, p. 6). Si esto es correcto, el honor se relaciona con la masculinidad en tanto se fundamenta sobre la violencia y que, en dinámicas anómicas, en los que la consigna igualitaria no está latente, aparece un espacio de tramitación del conflicto formulado en violencia. En este orden de ideas, Valencia (2012) reafirma que la violencia no sólo es una reafirmación del honor, sino del ser masculino.

De los resultados obtenidos, habría cuatro importantes. En primer lugar, el periódico con mayor número de registros mediáticos sobre hechos delictivos por parte de jóvenes en pandillas fue provenientes del periódico El Caleño. Esto se debe a que es un periodismo de crónica roja y dirigido principalmente a sectores populares. En segundo lugar, El Caleño y Q'Hubo son los únicos en los que aparecen tres o más fuentes por noticia, mientras que El Occidente y El País generan boletines oficiales. El periodismo de estos primeros es narrativo, ya que construye la situación a través de testimonios. En tercer lugar, los jóvenes de los sectores populares, inmiscuidos en estas noticias, son presentados por todos los periódicos como desadaptados, peligrosos y vengativos, sin explicación de las causas.

En suma, la prensa se fundamenta como un actor social, pues posee influencia en la opinión pública. Esta influencia tiene la capacidad de constituir sobre los jóvenes pandilleros prácticas y discursos de la ciudad de Cali. Para Valencia (2012), las luchas se basan en la supervivencia: el código del honor muta hacia una forma de lealtad compartida al pertenecer a una estructura jerarquizada que defiende intereses grupales. Para los jóvenes que actúan bajo estas dinámicas, debido a un Estado ausente, “los espacios urbanos, las calles, los semáforos, los restaurantes, los sitios de encuentro tradicionales se constituyen en los campos de las batallas más cruentas por el poder, por el respeto, por prevalecer” (Valencia, 2012, p. 13). En cuanto al aporte de ambos trabajos -puesto que no dejan de tener conexión directa y parecerían avances durante los dos años-, se afirma lo siguiente. El aporte de Valencia, tanto en el 2010 como en el 2021, reside en una investigación histórico-cultural en el que la categoría de honor es una expresión propia de la masculinidad y que otros análisis no han tenido en cuenta. Ir hacia los periódicos y medios de comunicación caleño, al tiempo, facilita una comprensión del fenómeno de diferente manera en tanto la opinión pública tiene la capacidad de constituir la identidad de los actores sobre los que habla.

Estudios acerca de las pandillas juveniles en Cali desde una perspectiva de género

Sobre las pandillas juveniles y reflexiones implícitas de la masculinidad

Ordóñez (2017) señala algunas características y plantea una serie de hipótesis sobre la transformación del conflicto urbano en Cali mediante el ingreso de los jóvenes a bandas criminales. La tesis central de su investigación trata en que la violencia de la pandilla muta en dirección a una progresiva racionalización que moldea la estructura psíquica de sus integrantes. Para Ordóñez (2017), la criminalidad genera un *ethos* cultural en las pandillas: las formas en las que habitan el

territorio, el uso de su tiempo y las motivaciones los incitan a la violencia, al tiempo que desarrollan sentimientos y emociones en dichos círculos. El modelo teórico del escrito se basa en el pensamiento de Norbert Elías, ya que los fenómenos sociales y la subjetividad se constituyen de forma interdependiente. Respecto a la metodología, esta es etnográfica, usa fuentes secundarias y varias entrevistas a pandilleros de los barrios del oriente de Cali¹⁶.

Junto con una contextualización del campo del conflicto urbano en Cali, Ordóñez (2017) describe el cambio de la vida en la pandilla a la vida en la banda. Respecto al conflicto, Ordóñez (2017) plantea que existen factores objetivos y subjetivos para su previa teorización: en cuanto objetivos, existe la marginación, segregación, pobreza y una precaria regularización, por parte de las instituciones estatales, de los conflictos dentro de las comunidades; frente a los subjetivos, se explica que los pandilleros cuentan con una subjetividad activa en la representación de su mundo y en la constitución de su identidad. Ahora, con el fenómeno de las bandas criminales, “la tradicional violencia de las guerras de pandillas en los barrios está haciendo el tránsito hacia una violencia mediada por la delincuencia organizada” (Ordóñez, 2017, p. 112-113). Para la explicación de este tránsito, Ordóñez (2017) propone las categorías analíticas de campo de conflicto, el uso del espacio, del tiempo, las motivaciones y la subjetividad de estas jóvenes.

El campo de conflicto se entiende como un espacio de nuevos actores, reglas y la constante redefinición de los intereses en juego, mientras que el espacio es un referente vital identitario y corredor estratégico para el negocio ilícito. Con la presencia de bandas en las últimas décadas en Cali, se configuran dos formas de conflicto diferenciado: rivalidad entre grupos criminales por el control territorial y la monopolización del lugar con pandillas comunes preexistentes. Estos conflictos alteran la dinámica tradicional de la pandilla, pues, al ocupar gran parte del territorio, generan una serie de reglas que implican una paradójica pacificación. Las bandas forjan una nueva organización al reclutar a los jóvenes pandilleros: les generan un rol y oficio en su grupo. “La pandilla deja de ser un grupo donde se cuidan mutuamente y los miembros empiezan a atender sus propios intereses” (Ordóñez, 2017, p. 116). Respecto al espacio, en los barrios en los que habitan las pandillas, este no es público: existen reglas inapelables sobre la penetración de los territorios

¹⁶ Para Ordóñez (2017), la violencia en Cali se describe en tres etapas. La primera de ellas está entre 1985-1996 con la consolidación del Cartel de Cali y la ciudad se convierte en una de las principales capitales del narcotráfico; la segunda está entre 1996-2002 con la desarticulación del cartel y el ascenso del Cartel de Norte del Valle; la tercera va desde el 2002 hasta la actualidad en la que las disputas entre asociaciones de narcotraficantes y bandas criminales nacionales al territorio vallecaucano. El artículo del autor se interesa por la última fase de este periodo y, en especial, la relación de la delincuencia organizada con los grupos pandilleros de los barrios Marroquín y Alfonso López.

que, incluso, pueden ser castigados con la muerte. para las pandillas tradicionales, el territorio es un vínculo identitario, ya que la calle se asocia con un conjunto de representaciones sobre la amistad, la rumba, la camaradería, la muerte, el honor y el goce. Con la influencia de las bandas criminales, el espacio se convierte en un lugar estratégico en el que se vinculan, armas, dinero y drogas.

En tanto el tiempo residía en el ocio y las motivaciones violentas eran de carácter ritual, con las bandas criminales, el primero tránsito hacia su regulación y el segundo hacia su instrumentalización. En las pandillas comunes, el tiempo es para el “desparche”, ocio, fuera de la disciplina escolar. “Los pandilleros no tienen esas obligaciones, o no las tenían, se levantan hacia el mediodía, al final de la tarde empiezan a reunirse en las esquinas donde conversan y departen, juegan fútbol y se drogan, matando el tiempo [...]” (Ordóñez, 2017, p. 119). Con las bandas criminales, el tiempo pasa a ser compromiso, obligación y disponibilidad. El tiempo se convierte en disciplina y regulación por las necesidades del negocio, lo que rompe con el ocio tradicional. Las motivaciones, por su parte, cambian: si antes la pandilla actuaba por venganza ante el dolor de un compañero caído, ahora prima el ajuste de cuentas. Ya que las pandillas cuentan con fuertes lazos afectivos, la muerte implica gran dolor; el ajuste de cuentas, en contraste, obedece a una razón distinta, pues su motivación radica en las faltas cometidas por la víctima en relación con las actividades de los negocios ilegales. El ajuste es netamente instrumental, pues se castiga por incumplimiento o violación de las reglas.

Por último, Ordóñez (2017) entiende la transformación de la subjetividad, cuya configuración emotiva es apasionada e intensa y se transforma, con la participación en bandas criminales, en una estructura más racional y controlada. El pandillero experimenta emociones apasionadas e interesas que se exteriorizan fácilmente. Esta configuración es adaptativa en función a un mundo violento en el que la supervivencia reside en reacciones agresivas dan respeto y estatus. En la banda de la delincuencia organizada, la hombría ya no es una exhibición de violencia irreflexiva y desordenada; en cambio, se impone mayor autocontrol y escisión emocional. “La violencia tiene que controlarse y usarse de manera selectiva y como una decisión estratégica” (Ordóñez, 2017, p. 121). Así, la estructuración subjetiva pasa de ser emotiva hacia una más controlada. Lo moral es reemplazado por un comportamiento estratégico que se define en tanto las reglas de juego del negocio ilícito.

En suma, en tanto la criminalidad organizada tiende a reclutar jóvenes para sus intereses, estos transforman su subjetividad y, por consiguiente, su conducta en el ámbito de lo social. Ahora, agrego los aportes y vacíos del trabajo de Ordóñez. Por una parte, aunque la delincuencia en torno a la distribución y reglas de los negocios ilícitos son responsables de la violencia pandillera, Ordóñez (2017) reconoce que existen otras formas de violencia en las pandillas que no tienen una base objetiva, esto es, el honor y la amistad entre pares. Respecto al vacío en la investigación, aunque Ordóñez (2017) afirme que desborda el propósito de su trabajo, no habría muchas vinculaciones con las categorías de género y masculinidad, claves para el proyecto investigativo.

En torno a la masculinidad y a la participación de mujeres en las pandillas

Con relación al papel de las mujeres en las pandillas, Domínguez (2003) analiza la naturaleza diferencial de la participación femenina y masculina en las pandillas juveniles en la ciudad de Cali, en particular, el barrio Siloé. La investigación asume una perspectiva de género y una metodología etnográfica, pues muestra las particularidades de hombres y mujeres en estos grupos a partir de la descripción de sus actividades cotidianas. Esto implica la comprensión de las relaciones de estos jóvenes con otros residentes del barrio, con su grupo particular y aquellos considerados rivales. La pregunta que se intenta responder es por el carácter de las soluciones que dan las pandillas a las problemáticas socioeconómicas, diferenciadas por género, en la participación de estos jóvenes en dichos grupos.

Domínguez (2003) argumenta que las condiciones de pobreza, desigualdad y falta de oportunidades -aquello que hace que los jóvenes se unan a las pandillas-, aunque parezca exclusivo de los hombres, las mujeres cuentan con una participación diferenciada en su vinculación y actividades relacionadas. Respecto a su análisis de género de la participación en pandillas, Domínguez (2003) afirma que la hipótesis inicial era que la identidad de género era un componente principal en la representación de la violencia en el marco de las pandillas. Los hallazgos iniciales lo confirmaron. No obstante, la segunda hipótesis relacionada con cómo las mujeres jóvenes no apelaban a la violencia y no había muchas actividades colectivas entre ellas; empero, las pocas chicas inmiscuidas en estas actividades estaban involucradas en pandillas. En este sentido, Domínguez (2003) plantea algunos elementos de género en la pertenencia a la pandilla.

Los chicos consideran parte de la pandilla a las chicas, así su participación sea relativamente diferente. Mientras los hombres se interesan por un estatus de ser temidos y respetados, las chicas se vinculan a partir de los chicos. Muchas de ellas estaban embarazadas o vivían con miembros de

pandillas; igualmente, muchas chicas hacían referencia a su amistad con los chicos al sentarse a fumar droga juntos o hablar de vez en cuando. De esta forma, la relación de pertenencia de las chicas con las pandillas se da al margen de los chicos. Frente al territorio surge claramente una dimensión de género. Ya que el territorio es un aspecto importante para la actividad pandillera, en el caso de las mujeres, Domínguez (2013) afirma que “las chicas viven el conflicto y toman parte en él, pero habitan el espacio como algo que las confina antes que como algo que las fortalece, al contrario de como parece ser en el caso de los chicos” (p. 97). Esto significa que ellas no están confinadas por las luchas en el territorio, pero hacen parte de la zona por “proteger”.

Frente a la entrada de las chicas a las pandillas y el consumo de drogas o actos violentos en lo que puedan participar, las chicas tienden a consumir drogas como huida a sus problemas y realizan actos de violencia de forma aislada sin cercanía a la pandilla. Las chicas veían el consumo de drogas como una huida para sus problemas familiares; de igual manera, pese a que las chicas estaban más confinadas en sus hogares, reaccionaban de manera negativa. A menudo, afirma Domínguez (2003), las chicas afirmaban que el consumo de píldoras u otro tipo de drogas les quitaba el miedo y era más sencillo enfrentarse a otras personas. “Decían a menudo que no podían recordar nada de lo que habían hecho bajo los efectos de las pastas, y que sólo después eran otros quienes les explicaban que habían estado en una pelea o habían apuñalado a alguien” (Domínguez, 2003, p. 103). Ahora, las peleas de las chicas eran principalmente individuales y aisladas a la pandilla.

Para terminar, Domínguez (2003) realiza un análisis de los miembros de las pandillas en el barrio de Siloé. Al estudiar a las chicas y a los chicos inmiscuidos en estas dinámicas pandilleras, encuentra que los chicos tienden a relacionar el poder, control y violencia con definiciones sobre lo que es ser un hombre; las chicas, por su parte, encuentran limitada esta fantasía de poder en términos de pertenencia y compromiso con la pandilla. Ahora, el aporte de este trabajo descansa en su reflexión desde una perspectiva de género en el que la variable de la violencia es la manifestación más extrema de estas relaciones de poder entre los jóvenes pandilleros, al igual que un acercamiento crucial a la experiencia femenina en las pandillas. Justamente, el vacío de este trabajo es su enfoque principal a las dinámicas de chicas, lo que deja de lado algunas reflexiones sobre la masculinidad.

Estudios de las masculinidades en el oriente de Cali en clave de identidades étnico-raciales

Viveros (2002) afirma que, en las sociedades latinoamericanas, han sido caracterizadas y reconocidas en la última década no sólo como policlasistas, sino también como pluriétnicas y multiculturales. Por lo tanto, ha resultado lícito pensar en las distintas formas en que se construyen las identidades masculinas en los diferentes grupos étnicos y complejos socioculturales. En un espacio multirracial y pluriétnico, se privilegia el estudio de los procesos sociales, la diversidad de identidades de géneros y las formas en las que se experimentan la sexualidad. Esta ha sido una de las apuestas que se iniciaron a finales de la década de los noventa, confirma Viveros (2002), cuando se acercan a las diferentes masculinidades y sexualidades puestas en juego a favor por jóvenes negros de clases marginales al oriente de Cali.

Uno de los primeros estudios sociológicos sobre la construcción social de la masculinidad en Cali, afirma Viveros (2002), la realizan Quintín y Urrea, en el 2000, al analizar esta categoría entre los jóvenes afro que habitan barrios marginales de Cali. Quintín y Urrea (2000) se centran en la producción de determinadas figuras masculinas que parecieran ser hegemónicas entre los jóvenes negros en un esquema bipolar regido por un doble sistema clasificatorio moral (“sano” versus “dañado”) y teatral (“aletosos” versus “gomelos”). Esta producción genera tipos idealizados de hombres que conviven en el espacio barrial. Estos dos tipos hegemónicos de masculinidad están amenazados continuamente por el imaginario popular, lo que produce expresiones, sobre quienes no cumplen con estos cánones, como “pocos hombres”, “femeninos”. De igual manera, Quintín y Urrea (2000) introducen otras miradas femeninas en tanto analizan su percepción, padecimiento y encuentro con otros atravesadas por la dimensión del género.

Ya que el objetivo es analizar la elaboración de identidades masculinas entre hombres negros menores de 25 años en sectores populares, en este caso, residentes de Agua Blanca –ubicada en el oriente de Cali–, se apuesta por una mirada en la que el contexto social forma parte del juego de interacciones a escala micro y, por lo mismo, es central en la construcción de las figuras masculinas que son deseadas y asumidas. El estudio de los personajes, así como la conceptualización alrededor de lo masculino, se realiza a través de un análisis dramático entendiendo que todo proceso social responde a un modelo teatral; de igual forma, el tratamiento a estos personajes se hace contextualmente, en específico, como mirada analítica para estudiar la organización de la experiencia. Cabe agregar que el estudio combina datos cuantitativos y cualitativos, resultados de otros estudios sobre la ciudad de Cali y la población negra, con un trabajo de etnografía urbana enfocado a las masculinidades.

Frente a los resultados obtenidos, Quintín y Urrea (2000) consideran múltiples elementos. En el contexto de marginalidad, los jóvenes construyen modelos de identidad: la violencia es un factor que marca la conformación de las masculinidades entre los jóvenes negros, al igual que para los demás actores sociales que habitan el mismo espacio. El hombre no es tal si no cuenta con un arma de fuego. Por otra parte, si bien no habría mayores diferencias entre jóvenes negros, jóvenes mestizos y blancos de sectores populares, habría por parte de los jóvenes negros la autopercepción intensa de exclusión¹⁷. En la producción de subjetividades, por otra parte, habría dos espacios de aparición como el “ghetto” y el de “gomelos”: el primero responde a una masculinidad agresiva de sectores marginados, mientras que el segundo es construido como negación de “hombria”, cercano a comportamientos femeninos, “homosexuales”. Entonces, se genera una sobrerrepresentación de ciertos atributos masculinos relacionados con cómo el “parado” y con carácter son la expresión ideal de lo que es ser hombre.

En términos de identidad de género, el modelo hegemónico no permite cercanía con individuos, cuya hombría está en duda, pues es peligroso ser identificado socialmente con ellos. Respecto a las mujeres, estas justifican la violencia que sufren bajo una situación: si llegan a cuestionar la dominación del hombre, ya sea en las calles o en el hogar. Quintín y Urrea (2000) terminan con que, pese a que no pueda establecerse un vínculo mecánico entre las condiciones estructurales y la creación de la subjetividad, es evidente que estas son construidas a través de la experiencia de vida y de la posición social que ocupan los actores. Esto es un aporte para el trabajo, pues, antes del 2000, no fue posible encontrar una investigación enfocada al surgimiento de patrones masculinos hegemónicos en los jóvenes de Cali con clave de perspectiva de género. En efecto, Viveros (2002) afirma que Quintín y Urrea con este trabajo realizan uno de los primeros análisis interseccionales en Colombia sobre la masculinidad en clave étnico-racial. Un vacío para la investigación es que el análisis, aunque tenga en cuenta a las pandillas juveniles, no profundiza en ellas.

En el 2002, Quintín y Urrea (2002) afirman que, a partir del análisis recogido en la investigación sobre la construcción de la masculinidad en jóvenes negros en el sector de Agua Blanca, este trabajo pone en juego varias esferas de lo social que, desde las ciencias sociales, se quieren amarrar: el sexo, el género, la clase social, la dimensión étnico-racial y los grupos de

¹⁷ Lo anterior, afirman Quintín y Urrea (2000), favorece situaciones de fuerte competencia y disputas entre pares, además de la deserción escolar masculina.

jóvenes adolescentes. Este artículo, con pretensiones interseccionales, realiza un acercamiento conceptual a los procesos que producen las masculinidades entre los jóvenes de sectores populares o marginales. Se intenta mostrar cómo en estos barrios -de clases subalternas o dominadas¹⁸- se generan transformaciones y diferenciaciones internas en los modelos de masculinidad, incluso en contravía de los estereotipos hegemónicos de ser hombre. De esta manera, Quintín y Urrea (2002) exploran la puesta en escena de las subjetividades masculinas populares, entendidas en el proceso de producción de identidades móviles y plurales tanto de género como de orientación sexual. Similar al estudio del 2000, Quintín y Urrea (2002) su enfoque no es principalmente las pandillas, pero sí agregan a la discusión la formación de grupos juveniles en perspectiva de género.

Al realizar un análisis desde el sexo¹⁹, Quintín y Urrea (2002) afirman que el amor romántico es una variable que comprende el forjamiento de la masculinidad en estos sectores. Esta ideología instaaura un patrón de dominación de lo masculino sobre lo femenino, extrapolado desde el orden social familiar hasta el extra-doméstico en todas las clases sociales. De este amor romántico, la asociación común es la mujer -madre o esposa- vinculada al cuidado del hogar y del marido, mientras que el esposo se encarga de ser una figura de autoridad y brindar los bienes necesarios para el bienestar de su familia.

Quintín y Urrea (2002) encuentran dos de estas características en Cali: la idealización de relaciones jerárquicas que confinan a la mujer al espacio doméstico, mientras el hombre se mueve en un espacio extra-doméstico, al tiempo que se beneficia del primero en calidad de dominador; el otro, habría una clara división sexual del trabajo, pues el hombre provee servicios. El hecho de que provea al hogar, implica una jerarquía superior del papel del hombre, lo que se expresa en fuertes humillaciones o rechazo hacia aquello que no está asociado a esa distinción masculino/femenino, privilegiando al primero. La hipermasculinidad, al complementarse con la homofobia radical, “sería una característica de las capas populares con menor capital escolar y cultural, y una menor inserción laboral de las mujeres; es decir, en sectores afectados por procesos de exclusión social” (Quintín y Urrea, 2002, pp. 89-90).

¹⁸ Para el análisis, los autores utilizan la categoría de Gramsci clases subalternas o clases dominadas en términos de Bourdieu.

¹⁹ Quintín y Urrea (2002) entienden por sexo los atributos biológicos básicos que clasifican a una mujer o a un hombre en la sociedad, a diferencia del género que lo analizan como una relación fabricada socialmente que atribuye roles y características a las personas.

Al extrapolarse a ámbitos extra-domésticos, los grupos juveniles –aquellos que se componen entre 17-24 años (Quintín y Urrea, 2002) son entendidos como espacios de sociabilidad masculina. Denominado también como pandillas, los autores afirman que han sido un problema de control social, debido a la debilidad institucional que no garantiza una inserción real en la sociedad para estos jóvenes. Si bien hay diferentes grupos de pares entre las clases subalternas, pues pueden ser amigos que se unen con corte lúdico hasta organizaciones ilegales, hay dos características centrales: su homofilia y su territorio. Estos grupos surgen en el marco de una estructura masculina que los une, al igual que el territorio es una apropiación a nombre de dicha masculinidad. “Las mujeres sólo están presentes en sus narraciones como seres a los que hay que proteger o como objetos de placer” (Quintín y Urrea, 2002, p. 94). En su subjetividad, las mujeres, al no ser consideradas iguales, se les asigna un lugar por debajo de la supremacía masculina.

Desde el hogar, la violencia contra las mujeres se desenvuelve por necesidad, ya que, en realidad, se trata de garantizar la manutención de la dominación masculina. La violencia se convierte en la acumulación de capital de prestigio u honor, al igual que se compite con otros por obtener más. Para Quintín y Urrea (2002), esto se convierte en un habitus que reconoce en la violencia un valor y una posición “mariguanada” en el mundo de lo social, pues, quien la controla, está por fuera de los mecanismos estatales. Esto facilita una articulación del componente étnico-racional en el artículo. En un espacio geográfico urbano con diferentes grados de segregación residencial y discriminación en el mercado de trabajo, como lo es Cali, surgen espacios urbanos segregados socio-racialmente. Estos lugares configuran las concepciones de la masculinidad que no sólo son diferentes, sino contradictorias, pues lo masculino para jóvenes afro no es igual para los blancos.

En conclusión, Quintín y Urrea (2002) plantean que las identidades no son condiciones estables y, por ende, el habitus está sometido a continuidades y rupturas. Para Cali, habría abordajes finos sobre la relación entre el sexo, el género, la clase social, la dimensión étnico-racial y los grupos de jóvenes en sectores urbanos. Esto no deja de ser una continua tarea para futuros investigadores, ya que, al ser un estudio desde las ciencias sociales, los grupos pueden estar en constante cambio y, quizá, la situación de segregación cambie para mejor (Quintín y Urrea, 2002). Respecto a los aportes y vacíos de este artículo, Quintín y Urrea (2002) realizan un análisis interseccional de la masculinidad en jóvenes en sectores populares, lo que subraya la segregación en la que constantemente habitan. Esa comprensión de la masculinidad expone que no hay una

sola, sino que pueden ser contradictorias en una misma ciudad. Los vacíos, por otra parte, descansan en que no hay profundidad en cuanto a las clases sociales.

Restrepo (2004), a través de un trabajo de análisis comparado, trata las relaciones de género y raza en Colombia. En la investigación se afirma que las ideologías raciales y de género han llevado a la segregación de los hombres latinoamericanos y, en especial, de los negros. En Colombia, los afrocolombianos constituyen un grupo, cuya masculinidad está representada por el machismo e hipermasculinidad (Viveros, 2002). Así, la investigación fue diseñada para comparar relaciones e ideas de masculinidad entre dos grupos de hombres diferentes entre sí: el primer grupo estaba formado por jóvenes (de 15 a 25 años de edad) de ascendencia afrocolombiana, residentes desempleados de Charco Azul, en la ciudad de Cali; el segundo grupo estaba formado por hombres blancos/mestizos (de 30 a 40 años de edad) que estaban empleados, clase media, residentes en Armenia. El último grupo es al que le corresponde este trabajo, puesto que está situado en Cali y, a su vez, en jóvenes.

Viveros (2002) ha argumentado que la mayoría de los hombres afrocolombianos no han aceptado los sistemas de valores de la cultura masculina de clase media blanca, a pesar de los esfuerzos de la sociedad por inculcarlos en el sistema de valores de la clase media. En Colombia, muchas obras literarias presentaron las actitudes y las percepciones de las élites hacia los afrocolombianos y, a sus hombres, en particular. Los hombres afrocolombianos han sido retratados como hipermasculinos, hipersexuales y tienen comportamientos desviados en oposición a los hombres blancos / mestizos. Tales generalizaciones han llevado a la estigmatización de todo un grupo, lo que ha implicado subordinación social y racial. Por lo tanto, las preguntas son si los jóvenes afrocolombianos se ajustan o no al machismo y la plantilla latinoamericana de masculinidad.

Los datos de los hombres afrocolombianos de Charco Azul fueron recolectados durante tres semanas. La hipótesis de esta investigación establece que, a pesar de las diferencias demográficas entre los dos grupos de hombres estudiados, ambos evidencian más similitudes que diferencias en sus percepciones y prácticas sobre lo que significa ser hombre. Igualmente, las diferencias encontradas entre los dos grupos sirven para destacar los múltiples significados de la masculinidad en el contexto de la sociedad colombiana. Respecto a los métodos de investigación en Cali, los datos fueron obtenidos de entrevistas a dieciséis hombres y diez mujeres entre las edades de quince

y veinticinco²⁰. Se realizaron dos sesiones de grupos focales: una con hombres y otra con mujeres. Doce de los hombres entrevistados mencionaron que no eran miembros de una pandilla y habría cuatro que lo eran. Restrepo (2004) afirma que tampoco querían decirlo, porque se sentirían percibidos negativamente (Restrepo, 2004). Frente a las mujeres, casi todas estaban en la escuela, pero uno se había graduado y no asistía a la escuela. Ninguna participaba de pandillas. Los criterios utilizados para elegir los participantes de las entrevistas fueron su voluntad e interés para discutir.

Los resultados fueron los siguientes. El sistema patriarcal ha definido la masculinidad en términos de un hombre que nunca haga algo que sugiera feminidad. Un hombre debe tener siempre el control y no mostrar sus emociones. Los jóvenes comentaban un rechazo fuerte a la homosexualidad, ya que los hombres “son fuertes y no débiles”. Por el contrario, la mayoría de los hombres estuvieron de acuerdo en que la homosexualidad en las mujeres era más al ser débiles. Esta idea fue concebida tanto en Charco Azul como por los adultos de Armenia. Los hallazgos muestran que los hombres de Charco Azul y Armenia no percibían el trabajo como un aspecto fundamental: mientras que los primeros comentaron que sus experiencias laborales han sido agradables; por el contrario, los hombres de Charco Azul argumentaron que no han contado con muchos trabajos en su vida, así que no les parece importante. Charco Azul, al ser un muy estigmatizado, cuenta con un componente social y racial donde la mayoría son de clase baja. Los análisis que realiza Restrepo (2004) también le confirman que, al no obtener trabajo, los jóvenes en este sector buscan otras formas de ganarse la vida, ya sea de manera informal o ilegal.

En general, Restrepo (2004) finaliza con que los afrocolombianos viven en condiciones ligeramente peores que los no afrocolombianos. Aunque las diferencias encontradas en los datos entre los dos grupos fueron pequeñas, las diferencias podrían estar vinculadas a la discriminación racial por parte de blancos / mestizos hacia los grupos afro. La situación de discriminación y segregación, en la que estos hombres se perciben, es mayor en Cali que en Armenia. Así, un aporte de esta investigación implica que los jóvenes afrodescendientes de Cali, a diferencia de otras ciudades, se perciben, así como excluidos de la sociedad. Esta falta de oportunidades podría significar la unión a las pandillas como forma de salir de la pobreza, de salir adelante. Un vacío en la investigación sería que su enfoque no responde a las pandillas, sino a los jóvenes de esta zona en particular y su percepción de sí mismos frente a la realidad social.

²⁰ Según Restrepo (2004), para comprender las masculinidades en América Latina es fundamental incluir mujeres en el estudio de la masculinidad. Esto se debe a la importancia de las mujeres para la construcción, actuaciones y prácticas asociadas con los hombres y la hombría.

En suma, Viveros (2002) afirma que no es casual que, en Colombia, los estudios sobre las masculinidades se inclinen por analizar en relación con las especificidades de las poblaciones afrocolombianas, “si tenemos en cuenta que, a diferencia de las décadas anteriores, en la última se han multiplicado los trabajos sobre distintos aspectos de la identidad del "negro" en Colombia y ha surgido un movimiento étnico-negro” (Viveros, 2002, p. 75). En este orden de ideas, la noción de masculinidad no se construye solamente en oposición a lo femenino, sino también a la par de otras masculinidades blancas, de gente rica, etcétera. De esta manera, esta propuesta interseccional, desde un componente étnico-racional, alrededor de la población afrodescendiente en la ciudad, expone la realidad de jóvenes en zonas marginales de Cali que, al no contar con suficientes oportunidades, encuentran en la pandilla un lugar para suplir no sólo sus necesidades, sino encontrar estatus y éxito

CAPÍTULO III. Estudios acerca de la idea de la masculinidad en las pandillas juveniles.

Del fenómeno del sicariato y los grupos delincuenciales en la ciudad de Medellín

En este tercer capítulo se describe y caracteriza, a través de la literatura especializada, la inclusión de la categoría de masculinidad en el fenómeno de las pandillas juveniles en la ciudad de Medellín. A diferencia de otras ciudades de Colombia, Medellín ha logrado grandes avances en materia de calidad de vida. Por una parte, se ha destacado en materia de educación al lograr una de las de tasas de cobertura más altas del país, al tiempo que se ha especializado en problemáticas de atención juvenil al crear la Secretaría de Juventud y el Presupuesto Participativo Joven (CERAC, 2014). No obstante, la ciudad no ha superado grandes problemas estructurales como es la desigualdad de 0,52, para el 2014, con relación al resto de país que era de 0,538. De igual manera, los índices de violencia todavía siguen siendo altos, de ahí que el análisis de la violencia juvenil, conformado en pandillas, resulte necesario en esta ciudad.

Para Baird y Rodgers (2016), las pandillas han existido en Medellín desde la década de los cincuenta, pero eran relativamente benignas hasta el auge de la cocaína. En la década de los ochenta, se desencadena dos situaciones: la venta local de droga y los carteles de venta a nivel internacional. Este periodo comenzó una lucha criminal por el control del tráfico de drogas en el que tuvo su culmen, para esta década, con la llegada de Pablo Escobar. En la década de los noventa, con la emergencia de nuevas estrategias para el control de este territorio, se configuró los carteles propiciando redes de criminalización cada vez más complejas. En el 2000, afirman Baird y Rodgers (2016), los nuevos grupos paramilitares se vieron involucrados en un ciclo sin fin de tráfico de droga que, hasta el 2016, no había una evidente disminución. El Centro Nacional de Memoria Histórica (2017) describe cuál fue el repertorio de violencias desplegado por los actores partícipes de esta confrontación armada, los factores que posibilitaron su emergencia y persistencia en la vida urbana, al igual que los impactos generados a la población. Es evidente, afirma CNMH (2017), que habría una urbanización del conflicto armado en Medellín, ya que no sólo hubo ocupación de espacios de la ciudad por actores ilegales, sino articulación de “estrategias de guerra en la ciudad a través de la acción conjunta de actores locales y actores vinculados al conflicto nacional” (p. 21).

Ahora, la tendencia histórica a la violencia en Medellín, además de su conflicto urbano, ha permeado en los jóvenes, miembros de pandillas, una forma de vivir su realidad social. Los jóvenes reclutados por grupos criminales en las zonas marginadas de la ciudad son altos (CERAC, 2014)

en comparación con otras ciudades. De igual manera, habría una alta conformación de grupos de jóvenes que avanzan, con el tiempo, hacia actividades ilícitas (CERAC, 2014). Al ser la pandilla un medio fluido para habitar la ciudad y navegar las relaciones sociales, para el 2008, ochocientos de 17.000 jóvenes entre los 15 y 24 años que vivían en barrios al nororiente de Medellín participan de estos grupos (Baird y Rodgers, 2016). Aunque representa tan solo un 5 % de la población juvenil para la fecha, no deja de ser relevante preguntarse por qué los jóvenes participan de estas actividades, al igual que su explicación por su perdurabilidad durante los años.

Este capítulo aborda quince lecturas en particular. Las primeras no abordan un enfoque de género; más bien, desde la literatura, cine o un enfoque de la seguridad ciudadana se interesa por explicar elementos constitutivos de las pandillas. Habría elementos que explican acciones, conocimientos o discursos de los jóvenes pandilleros, pero no una explicación sobre su participación o vinculación en el grupo pandillero. Estas lecturas, en general, se sitúan en cómo el conflicto armado interno, el auge del narcotráfico, el desplazamiento forzoso y un poco participación del Estado han configurado la vida de los jóvenes paisas. Por otra parte, habría diez lecturas con enfoque de género que exponen no sólo condiciones constitutivas de los miembros de las pandillas, sino que explican sus motivos de inserción, lo cual agrega elementos para un mejor análisis de este fenómeno. Las lecturas abordadas son etnográficas, estados del arte e investigaciones desde la literatura sicaresca. Los estudios encontrados datan desde el 2002 hasta el 2019, puesto que los análisis en perspectiva de género, aunque haya mayor cantidad que en el caso de Cali, todavía son nuevos.

Estudios que no abordan la masculinidad desde una perspectiva de género: literatura sicaresca, seguridad ciudadana y mecanismos identitarios de los grupos criminales

En este apartado se abordan algunos estudios sobre la masculinidad que no incluyen propiamente una perspectiva de género. Empero, habría elementos que dan cuenta de la noción de masculinidad, aunque no sea incluido de manera explícita o sea su objeto de estudio. Estos estudios se ubican desde 2002 hasta 2019, aunque no están organizados con una secuencia específica, sino con su temática. En general, este apartado plantea una explicación sobre las pandillas juveniles en Medellín abordadas desde el cine, la literatura, al igual desde un enfoque de seguridad ciudadana que plantea el surgimiento de estos grupos al margen de los grupos criminales.

En torno a las pandillas juveniles: ¿qué se ha dicho del fenómeno pandillero en el cine y la literatura?

Uno de los primeros análisis sobre jóvenes pandilleros en Medellín lo realiza Salazar (2002), en colaboración con el CINEP, desde 1991. En este trabajo revela varios códigos de conducta de los jóvenes en el marco de grupos delincuenciales que han operado en la ciudad durante la década de los ochenta y noventa. Para ello, escoge las versiones de los protagonistas que, para la fecha, padecían el fenómeno de la violencia en carne propia. Los relatos fueron elaborados a partir de una serie de entrevistas realizadas en el año 1989 e inicios de 1990. Para Salazar (2002) habría distintas variables en juego, entre ellas, las condiciones de pobreza determinaban las formas de buscarse el sustento; que las pandillas de jóvenes podían ser contratadas por cualquier parroquiano; que los profesionales de la muerte eran apenas niños, portadores de valores que apenas comprendían. Pese a estas múltiples lecturas, Salazar (2002) presenta, de manera comprensiva, el fenómeno de la cultura de las bandas juveniles de las comunas nororientales medellinenses sin caer en extremos.

Aunque la investigación aborda la experiencia de jóvenes expandilleros en distintas esferas de su vida, no cuenta con una idea de masculinidad explícita. Sin embargo, un aspecto que se debe traer a colación es el proceso de iniciación en estos grupos, el cual se hace efectivo, señala Salazar (2002), “probando finura”. “Probar finura” implica superar una prueba de valor en búsqueda de recibir una aprobación externa (Viveros, 2002). Por ejemplo, Salazar (2002) trae el caso de un joven de 17 años que, para participar en la pandilla de su barrio, mató a su mejor amigo para “cotizarse con la banda”. Esta acción supone que, independiente de cuál sea la prueba, la persona desea sentirse aprobado por su entorno, en este caso, por grupos que aprueban actos de violencia. De hecho, no “probar finura” significa cobardía y “mariconería”, como lo planteaba uno de los jóvenes entrevistados. Este último recalca que a uno de ellos “le dijeron que tenía que matar un man. Él sintió culillo, un frío en el estómago. Pero dijo que sí. No podía defraudarlos. No podía aparecer como miedoso” (Salazar, 2002, p. 39). De esta forma, “probar finura” es un acto de iniciación que no sólo imparte violencia sobre otro, sino que genera aprobación del grupo en el que se encuentra.

Pese a ser un análisis de hace varios años y, además, no cuenta con una perspectiva de género clara, el libro de Salazar facilita entender las dinámicas que se dieron en el marco de los grupos delincuenciales en Medellín. Este estudia sus prácticas, expresiones y códigos, de los cuales

estos fueron heredados por miembros actuales de pandillas juveniles que se disputan por el poder en una sociedad marcada por el narcotráfico, la violencia y las guerras urbanas. La acción de “probar finura”, por ejemplo, sigue estando latente en el proceso de vinculación para ser parte de las pandillas. Por ello, es pertinente las narrativas expuestas por Salazar (2002), debido a que se logra un acercamiento al conjunto de prácticas juveniles pandilleras que, si bien eran anteriores a la actualidad, se mantienen como instituciones en el tiempo. Como ya se habría planteado, uno de sus vacíos reside en que no hay un enfoque de perspectiva de género, aun cuando aborda, a través de las entrevistas, ideas de la masculinidad.

Desde una apuesta literaria, Arango y Ruiz (2011) afirman que, debido a que Medellín padece el fenómeno del sicariato, se constituye una problemática que afecta a la gente joven nacida y criada en condiciones de marginalidad. La narrativa literaria no permaneció indiferente al fenómeno, por consiguiente, se interesa en abordar esta problemática. La producción literaria, según Arango y Ruiz (2011), ofrece pistas para comprender el conflicto vivido en Medellín, en particular, la literatura sicaresca. De esta forma, el trabajo de estos autores pretende seguir algunas pistas que faciliten entender mejor el conflicto que vive la ciudad a través de obras literarias producidas a partir de la década de los noventa. Arango y Ruiz (2011) concluyen que Medellín tiene comprometido un proyecto literario capaz de jugar un papel decisivo en la reconstrucción social en tanto se les posibilite a los jóvenes, protagonistas de estas historias, otras oportunidades de vida.

En primer lugar, se realiza una aproximación al conflicto en Medellín. Arango y Ruiz (2011) lo entienden como una extensión del conflicto armado nacional, esto es, lo que ocurre en la ciudad es una versión micro del enfrentamiento tradicional entre grupos armados ilegales y el Estado. Más adelante, los fenómenos sociales que han generado estos conflictos son inherentes a las dinámicas urbanas. Por ello, “el conflicto se vive en los barrios, en las calles, en los espacios cotidianamente habitados, barrios con historias de marginalidad, de abandono, barrios surgidos por procesos de desplazamiento e invasión” (Arango y Ruiz, 2011, p. 122). Barrios en los que antes de la aparición de actores armados ya presentaban situaciones de violencia intrafamiliar, delitos por razones pasionales, consumo de drogas, venganza y discordia, no facilitaron la situación.

Debido a lo anterior, se hace un rastreo del conflicto entendido y expresado a través de la literatura sicaresca. La propuesta de literatura sicaresca se usa para referirse a un grupo de obras que abordan la temática de la criminalidad asociada, en Colombia, al narcotráfico, siendo el sicario

el protagonista de la obra. Esta forma de hacer literatura se focaliza en los individuos al tornarse más personales, intimistas. Arango y Ruiz (2011) traen a colación tanto la investigación de Salazar (2002) como *'El pelaíto que no duró nada'* de Víctor Gaviria (1991). En ambos trabajos se puntualiza en que, a medida que la narración transcurre, el personaje -esto es, el joven pandillero, sicario- no parece tener otra alternativa a la violencia. Estos jóvenes se ven arrastrados por una vida de crimen sin punto de retorno. Al igual que con novelas como *'La virgen de los sicarios'*, los protagonistas conviven con la muerte en una ciudad en el que la violencia ha sido naturalizada. Por lo tanto, los jóvenes encuentran en la violencia no un tema de preocupación, sino de conversación.

En suma, la literatura sicaresca tiene como escenario zonas en condiciones marginales y conflictivas, además de una separación radical de la urbe de la ciudad. Parecería que la violencia irradia de la periferia hacia el centro, lo que hace que este último sea una víctima del primero. Un aporte de este trabajo entiende la literatura, además de sus diversas significaciones, como una recreación de la realidad social constituida como una fuente de información valiosa para reconocer los fenómenos sociales, en particular, el sicariato y el pandillaje. De manera similar al trabajo de Salazar (2002), este trabajo se enmarca en las problemáticas de Medellín durante la década de los noventa y, a su vez, no posee una perspectiva de género en sus resultados. Más bien, la fortaleza de esta investigación índice en cómo la literatura sicaresca ha tenido un lugar predominante en los estudios sobre las pandillas y los jóvenes inmiscuidos en violencia en la ciudad de Medellín.

Comprensión de las pandillas juveniles en torno al crimen organizado, el auge del narcotráfico y los incentivos de vinculación

Bedoya (2010) postula el surgimiento del empresariado en protección violenta para demostrar que este fenómeno apareció en la ciudad de Medellín en el curso de los años 90. El empresariado violento es definido como la imposición criminal organizada de extorsión continúa basada en la oferta, real o imaginaria, de protección forzada. Inspirado en la obra de Gambetta y Volkov, esta investigación toma como caso empírico el crecimiento de esta rama del crimen organizado durante la década de los 90 en esta -para la época- segunda ciudad industrial colombiana. La investigación, así, perfila una visión crítica de la forzada asociación criminal entre los nuevos proveedores de seguridad y sus víctimas, ya que el Estado, al haber sido complice directo o indirecto de la protección violenta, ha perdido su confianza y seguridad en las poblaciones, lo que ha deteriorado la perspectiva de una democracia justa y una paz duradera.

Respecto a la masculinidad o a una idea de ella inmersa en la investigación, Bedoya (2010) recalca que el fenómeno de la protección violenta es producto de un contexto de crisis de identidad, de referentes de futuro y de carencia de modelos de rol para los jóvenes particularmente. Similar al argumento de Baird (2009), Bedoya (2010) concibe que la crisis paterna y la disolución de la estructura familiar induce a los jóvenes, en la ciudad de Medellín, a participar del crimen organizado. Ahora, si bien las milicias surgen en los barrios populares, no significa que sean un fenómeno exclusivo de estas zonas. “Son más bien los nuevos reguladores político-militares de la realización mercantil ilegal e informal. Son los primeros, incipientes y jóvenes empresarios de la protección violenta en la ciudad” (Bedoya, 2010, p. 110). Por ello, Bedoya (2010) afirma que la participación juvenil en el crimen organizado es consecuencia de carencias en la estructura familiar y pocas oportunidades para su vida. Esto se ve, principalmente, en los barrios marginales de Medellín.

En conclusión, Bedoya (2010) afirma que el estudio del crimen organizado debe centrarse en un entendimiento del sistema social y de lo que sucede en la sociedad. Al caracterizarse por ser una ciudad sumergida en el narcotráfico y conflicto urbano, Medellín cuenta con zonas barriales marginales y pobres, lo que facilita que sean lugares de reposo y constitución de las organizaciones criminales. Los jóvenes, al no contar con oportunidades laborales y no tener una estructura familiar sólida, se unen a las pandillas. pese a esta situación, Bedoya (2010) afirma que debe identificarse las potencialidades de la crisis y, por ello, invita a estudiar las formas de resistencia que estos jóvenes han tomado con el propósito de no continuar con la violencia. Este análisis, aunque carece de una perspectiva de género, le brinda continuidad a la idea de la vinculación de los jóvenes en pandillas criminales como resultado de falencias desde el ámbito privado hasta una carencia de participación del Estado en la búsqueda por crear un conjunto de oportunidades. A través del crimen organizado, también se forja una idea de masculinidad que, al no obtenerse en otras esferas de la vida, los hombres jóvenes la toman.

El informe del Observatorio de Seguridad Humana de Medellín (2012) ofrece un análisis que entiende las formas de control territorial que se han dado en la ciudad a través de la coerción y la violencia directa por parte de las pandillas juveniles. Si bien Medellín ha sido escenario del conflicto armado interno en el país, a su vez, se imbrica una conflictividad urbana ilegal y territorial. Bajo esta situación, el informe plantea espacios de interacción con algunos de los

sectores más vulnerados de la ciudad²¹ -específicamente, la zona nororiental de Medellín- con el objetivo de construir interpretaciones sobre el problema, al igual que establecer soluciones. En las zonas escogidas prevalecen los estratos socioeconómicos bajo y medio -bajo, además que cuentan con invasiones en los que predomina personas vulneradas, entre ellos, desplazamiento forzado. Principalmente, se realizaron talleres, diálogo con los y seminarios con organizaciones comunitarias y ONG's con jóvenes de 17 a 27 años.

Este trabajo está focalizado principalmente en el territorio al identificar las principales actividades, hechos y situaciones en torno al control territorial ejercido por pandillas o grupos ilegales armados. Debido a lo anterior, se explican tres formas de control que llevan a cabo estos actores: control social, control económico y control territorial. Con el propósito de ejercer control social, los grupos generan miedo a través de ataques y castigos ejemplares en el ámbito público. Frente al control económico, se realizan extorsiones (o “vacunas”) a transportadores y terminales de transporte, además de constitución de empresas y lavado de vehículos como fachadas. Por lo tanto, las prácticas sociales y económicas implican las actuaciones para la protección y perpetuación del grupo. Algunas de las acciones son, a saber, establecimiento de fronteras territoriales ilegales y prohibición de la libre circulación.

Una de las características de los grupos armados ilegales es que cuentan con la capacidad hegemónica de constituir el territorio. Pese a que generan altos indicadores de violencia, mantienen un control efectivo capaz de condicionar la realidad social de estos sectores. Los grupos armados pueden participar de la vida comunitaria, de las organizaciones y los líderes de los barrios, lo que genera un reconocimiento construido por años sin recurrir a la violencia constante. Los jóvenes encuentran en estos grupos un medio para el estatus y, en consecuencia, se inscriben en ellos. Los grupos reclutan a estos jóvenes, primero, para la vigilancia y protección del barrio, obtención de información y transporte de armas y drogas; luego, los jóvenes adelantan otras tareas, entre ellas, sicariato y operación en redes de prostitución. Los jóvenes se hallan inmersos en estos grupos ilegales, recalca el Observatorio de Seguridad Humana de Medellín (2012), de ahí que estos puedan mantenerse en el tiempo y no sea sólo un fenómeno de los ochenta y noventa.

Así, el Observatorio de Seguridad Humana de Medellín (2012) finaliza su informe con que el territorio controlado no es sólo un espacio físico, sino inmaterial en el que la esfera económica

²¹ Los territorios seleccionados fueron las comunas 1, 2, 6 y 13, además del corregimiento de San Cristóbal. “El criterio para la selección de estos territorios es el grado de disputa que tienen los grupos armados por estos” (Observatorio de Seguridad Humana de Medellín, 2012, p. 23).

y la constitución de un *ethos* social quedan bajo su dominio y consideración. De esta manera, al entrar con otras situaciones que buscan un poder territorial, configuran la realidad social de las personas y, en particular, de los jóvenes que hallan en esa vida una suerte de oportunidad. Si bien el Observatorio de Seguridad Humana de Medellín (2012) no plantea un informe con perspectiva de género como tampoco explican algo sobre la masculinidad, este principalmente se ubica en la vinculación y fenómeno del reclutamiento de los jóvenes en estas zonas a los grupos ilegales; por lo tanto, resulta lícito su traída a colación.

Por último, pero no menos importante, Bedoya y Ocampo (2019) se interesan por analizar los mecanismos de adscripción identitarios que entienden la pervivencia y las dinámicas internas y externas de las estructuras pandilleras. De manera similar, con estos mecanismos es posible explicar el sentido de identidad que los miembros de una organización criminal desarrollan en torno a ella. Por consiguiente, objetivo de su artículo es la descripción y comparación de los mecanismos de control identitarios de las pandillas de Medellín y El Salvador. Bedoya y Ocampo (2019) comienzan su análisis al partir de un estado del arte sobre las prácticas y el contexto de los grupos delincuenciales en tanto surgimiento y consolidación. Estos afirman que, principalmente, el análisis debe girar en torno al comportamiento de los integrantes. Luego, categorizan los múltiples mecanismos de adscripción identitarios con lo que, finalmente, presentan los hallazgos en los dos casos de estudio. En cuanto a los mecanismos de adscripción, estos son simbólicos, verbales y conductuales.

Bedoya y Ocampo (2019) comienzan con un análisis a los mecanismos de adscripción simbólicos. Estos son entendidos como manifestaciones de pertenencia a una banda u organización visualmente comprobables, ya sea vestimenta o corte de cabello. Frente al caso de Medellín, se aclara que los grupos delincuenciales en la ciudad no presentan un patrón específico; por lo tanto, su abordaje no es sobre su etiqueta o vestimenta, sino desde la construcción religiosa. En Medellín, es común el uso de figuras religiosas las cuales sirven de intermediarios entre Dios y sus pecados. Una de las principales causas de esta elección de este mecanismo es que los ciudadanos son sumamente devotos. Además de las figuras, el peregrinaje, antes y después de la actividad delictiva, es de suma relevancia. “Cabe anotar que este mecanismo de adscripción simbólico no se da por un acuerdo entre los miembros de los grupos delincuenciales en Medellín, sino por la historia de la cultura paisa” (Bedoya y Ocampo, 2019, p. 64).

Respecto a los mecanismos de adscripción verbales, estos corresponden a la adopción de un vocabulario, propio de la estructura criminal, con el propósito de diferenciarse frente a otros grupos. La búsqueda de aceptación e inclusión logró que los jóvenes tuvieran un cambio en la forma de desenvolverse, además de plantear un referente identitario. En la ciudad, por lo tanto, comenzaron a usarse expresiones que, hasta entonces, eran propias de los integrantes de los grupos. Lo anterior, dio paso a una rápida expansión de una jerga común en la población. De esta manera, cuando el auge del narcotráfico se toma las zonas marginadas y abandonadas por las instituciones estatales, estos configuran el espacio social y, al mismo tiempo, el lenguaje (Bedoya y Ocampo, 2019).

En cuanto a los mecanismos de adscripción conductuales, estos son entendidos por Bedoya y Ocampo (2019) como manuales o normas que regulan la vida de las bandas. El pago de rentas o tributos, las normas basadas en la violencia, los cargos que ocupan y los códigos son, en cierta medida, lo que rigen no sólo el territorio donde se encuentra la organización, sino su estructura. En la misma línea de la propuesta de Salazar (2002), Bedoya y Ocampo (2019) traen el caso de “probar finura” como algo más que transportar drogas y armas; más bien, es un compromiso que realiza el sujeto con el nuevo grupo que conforma. Por ende, los miembros de estos grupos, como en muchas otras organizaciones o grupos armados, cuentan con una cadena de mando y, por ello, diferentes eslabones.

En conclusión, las organizaciones de Medellín y El Salvador, si bien pueden parecer similares como grupos organizados al margen de la ley, son disímiles cuando se les presta atención a sus prácticas, estructuras y mecanismos. Por ejemplo, en el caso de Medellín, las formas de comunicación verbal son un reflejo de cómo las expresiones propias del mundo criminal han permeado la sociedad civil, hasta el punto de que dichas expresiones constituyen la realidad de las personas. Mediante estos mecanismos las estructuras criminales logran impactar de manera más efectiva en la cohesión de sus miembros, por lo que muchos jóvenes, en particular, se sienten atraídas por ellas. Un aporte de este trabajo versa en que los mecanismos de adscripción no son sólo un elemento relevante para comprender las dinámicas de las pandillas, sino que son factores explicativos para entender por qué se vinculan a ellas. Uno de los vacíos de esta investigación, por otro lado, reside en que no hay una perspectiva de género clara, como tampoco se aborda la noción de masculinidad.

Estudios de la masculinidad desde una perspectiva de género: vinculación, reconocimiento entre y experiencia diferencial frente a las mujeres

En este apartado se aborda la inclusión de la masculinidad desde una perspectiva de género. Por ello, los estudios retomados incluyen en qué implica la vinculación de los jóvenes en estos grupos que, aunque es evidente la participación de actores ilegales, se reconoce las carencias económicas, la necesidad de reconocimiento y la falencia de una estructura familiar a edad temprana. La búsqueda por estatus masculina ha de ser una de las cuestiones más importantes para un análisis del fenómeno pandillero juvenil que, a diferencia de los primeros estudios, no está presente. Ahora, en contraste con los análisis encontrados en la ciudad de Cali, Medellín contaría con un mayor acercamiento a este fenómeno desde una perspectiva de género. De igual manera, hay que anotar que existe un notable vacío en la literatura de investigaciones sobre las interacciones de las mujeres con las pandillas y “mujeres pandilleras” en Medellín (Baird, 2018), aunque se encuentran dos estudios que puedan dar cuenta del problema. Los estudios parten desde el 2014 hasta el 2018, lo que facilita entender cómo esta perspectiva de género sigue siendo nueva para estos estudios, en particular, desde la línea de la masculinidad.

La situación de las mujeres en el contexto pandillero en la ciudad de Medellín: erotización del hombre violento y espacio diferenciado

Buitrago (2014), desde un acercamiento histórico, realiza una construcción social del concepto de masculinidad en la ciudad de Medellín, Antioquia. La investigación realizada parte del cambio experimentado en la ciudad durante las décadas de los ochenta y noventa, caracterizadas por el incremento de violencia en la ciudad. El trabajo de Buitrago (2014) resalta las consecuencias de este fenómeno en la concepción del ser masculino para los jóvenes paisas. Para ilustrar el ejercicio investigativo, Buitrago (2014) aborda las siguientes películas, a saber, ‘*D. no futuro*’ (1991) y ‘*Apocalipsur*’ (2007), de Víctor Gaviria y Javier Mejía; paralelamente, trae a colación ‘*No nacimos pa’ semilla*’ (1990) y ‘*Mujeres de fuego*’ (1993), ambas obras de Alonso Salazar. Tanto las películas como los libros responden a un patrón específico, esto es, el punto transversal de la investigación: la violencia es un ejercicio de la masculinidad y su alcance -esto es, discursos,

imágenes y diálogos- encarnan la realidad social de la Medellín, aunque no de manera uniforme (Buitrago, 2014)²².

A través de la revisión de las películas y los estudios literarios, Buitrago (2014) afirma que habría una construcción de la masculinidad a partir del ejercicio de la violencia, lo que comprende la fuerza, la anulación del otro, la imposición de poder sobre otros y, finalmente, la apropiación del estereotipo joven-violento. La inserción a estas lógicas violentas se da en razón, muy acorde con el planteamiento de Baird (2012b), para acceder a los diferentes tipos de capitales. Por consiguiente, la masculinidad es una prueba constante, una condición que requiere ser reafirmada en cuanto se tenga la oportunidad. Los jóvenes deben imponerse a los demás, según Buitrago (2014), a partir de la violencia física, porque, sólo así, reclaman su lugar en el mundo. Estos mecanismos violentos, ejercidos desde la cotidianidad de los sujetos, son un resultado desesperado de reencarnar un discurso que brinde oportunidades y legitimación. Al querer representarse y construir su lugar desde la violencia, afirma Serrano (como se citó en Buitrago, 2014), “aprenden a desarrollar las parafernalias, los lenguajes y los comportamientos sociales asociados a “jóvenes violentos”, para desde allí demandar un nuevo lugar social, o, dicho de otro modo, existir como sujetos jóvenes masculinos” (p. 188).

Igualmente, Buitrago (2014) hace evidente la aceptación de las lógicas violentas que se les imponen a las mujeres en dichos contextos. Ahora, la inserción por parte de las mujeres a estas lógicas también son formas de resistencia a una condición subordinada, aunque estos se inscriban -hombres y mujeres- de manera diferenciada en el ejercicio de la violencia en Medellín. La inserción diferenciada, comenta Buitrago (2014), por parte de hombres y mujeres en las lógicas violentas es resultado de la diversidad del conflicto, pues cada grupo o pandilla interviene en la realidad a partir de su propia estructura. Buitrago (2014) ejemplifica esta idea al describir que, en grupos urbanos, las mujeres se limitan a esconder armas o transportarlas, mientras que en otros cuentan con la aprobación de disparar en caso de que sea necesario. Habría que agregar que uno de los puntos fundamentales por el cual se fomenta la reproducción del fenómeno violento en jóvenes varones es que no es solo la garantía al acceso de los bienes materiales, también está acompañado

²² Para Buitrago (2014), es lícito resaltar que, aunque no todos los sujetos de la ciudad se insertan en esta cultura masculina dominante, sí habría evidencias en cuanto a ciertos estereotipos que se generan a partir de la cultura del narcotráfico y en ese contexto es peculiar. “Esto no impide la replicación del fenómeno, pues los estereotipos están tan implantados en la retina de los habitantes que no conciben una realidad diferente, otros mecanismos de poder y, por ende, diferentes formas de construir su masculinidad” (Buitrago, 2014, p. 188).

de una gran aceptación por parte de las mujeres. Es decir, es común la erotización o espectacularización de la figura masculina violenta. Buitrago (2014) agrega que,

Al ostentar el poder, los varones reafirman su posición privilegiada en una estructura jerárquica de poder; este poder no solo se ostenta por medios materiales, sino también simbólicos, pues representa una suerte de garantía, de protección del entorno violento para las personas más cercanas, en este caso, su novia/esposa/compañera; por tanto, esta erotización descansa sobre el poder y el estatus, traducidos en protección y seguridad del entorno; es, si se quiere, una suerte de adaptación a las lógicas violentas en las cuales están inmersas las mujeres [...] (p. 188).

En conclusión, el artículo destaca elementos que facilitan la reproducción de una forma particular de vivir la masculinidad en la capital antioqueña desde finales del siglo XX hasta ahora. Plantea un primer acercamiento hacia una reflexión en tanto la construcción de la masculinidad y su relación con la violencia, al igual que ofrece un atisbo sobre los mecanismos por los cuales esta construcción sigue vigente al naturalizarse. Mediante el material cinematográfico y literario analizado, se encuentran lógicas violentas que constituyen el ser hombre en la ciudad de Medellín, principalmente, como resultado del auge del narcotráfico. Uno de los aportes de esta investigación reside en la situación de las mujeres bajo estas lógicas violentas. Buitrago (2014) se encarga de mostrar la posición de desventaja frente a la figura masculina, pero, a su vez, una posición de resistencia frente al contexto violento de la ciudad. Un vacío de este trabajo implica una reducción del papel de la masculinidad bajo trabajos literarios y cinematográficos que, a la exposición de otras investigaciones, se concibe de mejor manera el trabajo de campo.

Frente a la situación de las mujeres en el contexto de pandillas en Medellín, se encuentra el trabajo de Gómez (2015) que da cuenta de las representaciones sociales que tienen las mujeres de la inseguridad, en dos comunas de la ciudad caracterizadas por su violencia urbana, pero que, al tiempo, conllevan unas representaciones particulares dadas las relaciones con el entorno, los/as otras, el espacio físico y los grupos armados legales e ilegales. Para este trabajo de investigación, se realizaron trece entrevistas en total que fueron distribuidas de la siguiente manera 7 mujeres de la Comuna 1 - Popular y 6 mujeres en la Comuna 8 – Villahermosa. Cabe aclarar que las mujeres no respondían a un perfil definido, sino que eran estudiantes, líderes sociales, amas de casa, lo que identificó puntos de común y diferencias entre las entrevistadas. Esta investigación, de estudio explorativo y corte cualitativo, indaga la realidad de las mujeres para analizar y comprender las cómo lo masculino -y, particularmente, los discursos de los grupos armados y las pandillas- se ha adueñado del espacio público, lo que genera inseguridad para las mujeres.

Principalmente, Gómez (2015) describe y analiza las relaciones interpersonales que las mujeres de las Comunas 1 y 8 establecen, punto de partida para construir sus representaciones sobre la (in) seguridad. En otras palabras, aborda la forma en cómo las mujeres construyen sus relaciones interpersonales en los contextos de la comuna y, por ende, de la ciudad de Medellín. Habría aspectos clave, por ejemplo, la cercanía, la intuición frente a otros y las formas de relacionamiento tradicionalmente establecidos desde el orden social presente. Frente a ello, Gómez (2015) considera que las estructuras y las normas patriarcales se interiorizan mediante un proceso de aprendizaje en el que las mujeres incorporan comportamientos de lo que debe ser una mujer. Esto incluye una lógica patriarcal que, desde el pensamiento de Bourdieu (2000), “el efecto de la dominación simbólica no se ejerce en la lógica pura de las conciencias cognitivas, sino en la oscuridad de las disposiciones del habitus” (p. 225). Ya que las mujeres aceptan sin más los patrones patriarcales, adquieren un habitus orientado a buscar seguridad, de ahí que surja el papel de los hombres como protectores.

En el espacio público, las mujeres son ajenas a su participación, a menos que sea la extensión de un hombre que participe de él (Gómez, 2015). Para las mujeres, los sectores tienden a concebirse como ajenos o extraños al transitarlos, ya que no tienden a ser un disfrute de ellas. En el grupo de entrevistadas, se concebía que la calle era un lugar para los jóvenes hombres, de manera que ellos mantenían en la calle y las mujeres tendían a entrarse “temprano”, antes del anochecer. En este sentido, el territorio ratifica la tradición que demarca un uso diferenciado de hombres y mujeres, capaz de denotar lugar, modo y tiempo. Las experiencias personales construidas para las mujeres, a diferencia de los hombres, las ha cohibido principalmente a la esfera de lo doméstico, lo que intensifica el temor a la vida pública, esto es, aquella que sólo ha sido abordada por los hombres. Así, “se generan sus representaciones de inseguridad limitando o no su movilización en el territorio” (Gómez, 2015, p. 18). Debido a lo anterior, Gómez (2015) concibe que el espacio público, al ser percibido como masculino, le da mayor lugar a la violencia y, con ello, a la inseguridad para las mujeres.

En suma, la asociación del espacio público que se le asocia a los hombres indistintamente del horario o de las formas de uso, a la mujer le sucede todo lo contrario, ya que hay un orden en ese espacio de uso. Por lo tanto, el barrio no siempre es vivido de la misma manera. Un aporte del trabajo de Gómez (2015) se basa en una lectura diferencial del territorio que ha sido determinada por las condiciones impuestas de los grupos armados ilegales y las pandillas juveniles. aunque la

exposición al riesgo sea latente, en razón del género, el temor no es igual. Por otra parte, habría un vacío particular en este trabajo de investigación. El primero es que, evidentemente, no hay una explicación o comprensión sobre lo masculino, sino algunos acercamientos a esta idea a partir del territorio y el espacio público violento.

Sobre la vinculación de los jóvenes en las pandillas juveniles: reflexiones en torno a las zonas marginales y su relación con la violencia

Mediante el método etnográfico, Baird (2009) aborda la relación entre comportamiento violento, masculinidades y juventud. Este se pregunta por cómo se transmite la violencia a los hombres jóvenes tanto en el espacio doméstico como social, además de evaluar la relación entre la marginación y la violencia. Frente a su metodología, el estudio de Baird (2009) realiza 25 historias de vida de jóvenes violentos (de 16 a 29 años) en una zona nororiental de Medellín durante el año 2008. La zona escogida, recalca Baird (2009), era dominada por paramilitares y, justamente, le daba relevancia para comprender cómo se heredan estos comportamientos violentos, lo que le facilitaba establecer la relación con las masculinidades y la juventud. Por lo tanto, establece dos preguntas: ¿por qué algunos jóvenes marginados optan por la violencia y otros en el mismo contexto no? ¿existe una relación entre la marginación y la violencia social? Baird (2009) concluye su trabajo al argumentar que los jóvenes que se inician en pandillas buscan estatus y oportunidades que en el hogar no tienen, de ahí que no todos opten por la violencia bajo el mismo contexto.

En cuanto a la primera pregunta, Baird (2009) establece que los jóvenes violentos tendían a tener en común la ausencia de una figura masculina significativa en su esfera doméstica que promoviera el rechazo moral de la violencia a medida que crecían, ya que la familia no estaba dispuesta o no podía proporcionarla. Estos jóvenes eran más vulnerables a caer bajo la influencia de jóvenes varones mayores o de hombres involucrados con un grupo armado en su mundo social. Por consiguiente, unirse a una pandilla juvenil a menudo se percibía como una oportunidad y una fuente de estatus. La ausencia de un rechazo moral significativo a la violencia se manifestó, en particular, a través de la disfunción familiar que, al tiempo, estaba vinculada a la marginación y la presencia de miembros de la familia o amigos que ya participaban en grupos armados. Algunos de los entrevistados citaron la ausencia genuina de oportunidades lícitas de trabajo y de educación como la razón para unirse a los actores armados. Mientras sus contrapartes en la organización de desarrollo comunitario enfrentaban las mismas dificultades, los jóvenes violentos tenían marcadamente menos apoyo doméstico para buscar opciones legales.

Baird (2009) afirma que la marginación y la violencia hacen que los hombres, especialmente jóvenes, sean vulnerables a ella. Entre los jóvenes que trabajan en el desarrollo comunitario, la resistencia al uso de la violencia se generó por su fuerte rechazo moral a los grupos violentos. Este rechazo moral tendía a ser iniciado por un miembro mayor influyente de la familia en sus primeros años de adolescencia, pero se consolidó y reforzó de manera crucial a medida que crecían dentro del espacio de socialización de la organización de desarrollo juvenil donde se encontraban. La combinación de estos factores domésticos y sociales apoyó su participación en actividades de desarrollo comunitario y la búsqueda de formas lícitas de sustento, a pesar de las opciones extremadamente limitadas en un contexto marginado y violento. En consecuencia, el trabajo de Baird (2009) permite comprender la masculinidad de los jóvenes en zonas marginales no sólo desde el marco de las pandillas, sino también a través de actos de resistencia y rechazo frente a estas dinámicas. Esta investigación, enmarcada en la perspectiva de género, analiza la importancia de la esfera doméstica para la participación de estos jóvenes dentro de una pandilla.

Para el 2012, Baird (2012a) afirma que las pandillas de todo el mundo son paradigmáticas de la violencia urbana y están formadas predominantemente por jóvenes varones de los barrios más pobres. Sin embargo, incluso en los contextos urbanos más violentos, gran parte de estos no se unen a las pandillas. Este artículo utiliza datos empíricos originales recopilados en Medellín sobre las masculinidades para comprender por qué algunos jóvenes negociaron un camino hacia la hombría sin unirse a una pandilla, argumentando que dos factores son centrales: el apoyo familiar para desarrollar un rechazo moral de las pandillas durante infancia (Baird, 2009), y la posterior capacidad de estos jóvenes para formar espacios de socialización alejados de la esquina de la calle. Estos factores les ayudaron a eludir la influencia de lo que su investigación llama el “sistema modelo de pandillas masculinas”. Por ello, Baird (2012a) afirma que, si se piensa interrumpir la continuidad de la pertenencia a pandillas, por lo tanto, los ciclos de violencia, es crucial comprender por qué los jóvenes no se unen a las pandillas.

Para empezar, este artículo proporciona un breve trasfondo contextual del barrio de Montecristo. Esta zona se caracteriza por una pobreza generalizada y una exclusión socioeconómica que limita las oportunidades de los jóvenes. La ubicuidad del tráfico de drogas y los grupos armados irregulares que abarcan varias generaciones ha llevado a niveles crónicos de violencia, que promueven el desorden social y familiar, siendo la norma los hogares sin padre. La corrupción policial e institucional generalizada a nivel local y la ausencia del Estado brindó a los

actores armados ilegales un espacio para ofrecer "servicios de seguridad" que, aunque basados en la extorsión (Bedoya, 2010), han ganado legitimidad local. "Whilst Montecristo is not in a durkheimian anomic state, turf wars between rival gangs shaped the childhood experiences of the youths interviewed" (Baird, 2012a, p. 32). Sin embargo, Montecristo tiene otra cara: también es una comunidad que ha desarrollado resistencia a la exclusión y a la violencia, utilizando la agencia para encontrar formas creativas de salir adelante, lo que se conoce localmente como rebusque.

En segundo lugar, Baird (2012^a) argumenta la relevancia de las masculinidades para comprender la violencia urbana. A pesar de la creciente literatura que vincula la periferia urbana, es decir, la desigualdad, la pobreza y la exclusión, con la violencia, muy poca investigación reúne las perspectivas para revelar cómo las masculinidades pueden interactuar en estos contextos. Las masculinidades por sí solas no generan violencia urbana, debido a que son las condiciones socioeconómicas las que interactúan con la masculinización. Con todo, la reproducción de la masculinidad facilita la comprensión de la reproducción de la violencia en sí. Los jóvenes están dispuestos, es decir, tienen una tendencia menos que consciente, a reproducir versiones existentes de masculinidad a las que están expuestos mientras crecen. Esto se entiende aquí como *habitus* masculino. Los jóvenes están dispuestos a "convertirse en hombres" o pasar por un proceso de masculinización según las masculinidades existentes. Si bien, en este orden de ideas, esta reproducción de la práctica es imperfecta, lo que permite múltiples identidades, agencia y cambio social, el *habitus* masculino explica la transmisión intergeneracional generalizada del comportamiento masculino.

Para comprender cómo se relaciona la reproducción de ciertas masculinidades con la reproducción de la violencia, habría diversos significados de la masculinidad en la periferia de Medellín y, particularmente, en relación con los actores armados. Hay jóvenes que pudieron rechazar la violencia y se involucraron en el trabajo comunitario, mientras que habría otros casos en los que no fue posible. Baird (2012^a) trae a colación el caso de Ángel, un joven pandillero, que se unió a una pandilla, porque no podía soportar necesidades económicas luego de la muerte de su padre. "He said "I'm the man of the house [...] It's lots of pressure [...] How can I have a dignified life without money?"²³ (Baird, 2012^a, p. 37). El estudio de Baird (2012a) muestra las complejidades

²³ Esta es una traducción: "Él dijo: Yo soy el hombre de la casa ... Es mucha presión ... ¿Cómo puedo tener una vida digna sin dinero?" (Baird, 2012^a, p. 37).

de la vida social y, con ello, cómo los jóvenes interactúan para dar forma a su decisión de buscar una vida que los dignifique.

Aunque en Montecristo la vida no es fácil, los jóvenes encuentran dos formas de desarrollar su masculinidad: a través de un refugio de resistencia como lo son las organizaciones comunitarias o, en su mayoría de los casos, mediante pandillas y grupos criminales. A pesar del caso de Ángel, varios jóvenes entrevistados reflejaron una defensa a la no violencia y a una constitución de la identidad prosocial y pacífica. Por lo tanto, el habitus masculino es nutrido como resultado de disposiciones de jóvenes que no buscan asegurar su capital masculino a través de actos violentos. No obstante, no deja de ser relevante que otros jóvenes sí lo hagan y, al hacerlo, continúan ciclos de violencia en dichas zonas estudiadas. En este sentido, Baird (2012^a) propone que, si se estudian los contextos de exclusión y violencia, se entiende por qué los jóvenes se vinculan a estas actividades.

En el mismo año, Baird (2012b), también comprende la relación entre la construcción de la identidad masculina y cómo la violencia puede ser "reproducida" en los contextos pobres y socialmente excluidos. Similar a los trabajos de 2009 y 2012a, Baird utiliza un método etnográfico al basar sus datos empíricos recopilados desde el 2008, en forma de entrevistas de historia de vida con jóvenes varones, incluidos miembros y no miembros de pandillas, de dos barrios pobres y muy violentos en Medellín. Uno de los aportes fundamentales de esta investigación es comprender la reproducción de la violencia como un factor social de género. Similar a su tesis del 2012^a, Baird (2012b) propone entender las comunidades pobres, donde las oportunidades sociales y económicas son limitadas, como más probabilidades para unirse a pandillas.

En contextos de exclusión socioeconómica, la pandilla se convierte en un vehículo atractivo para que sean "masculinos" los niños y jóvenes. Explícitamente, en términos de reproducción, el habitus masculino de los jóvenes, las disposiciones para convertirse en hombres, forzarán su camino hacia la superficie. En ausencia de oportunidades lícitas y la posibilidad de afiliación a una pandilla hay una cierta lógica masculina para unirse y, por lo tanto, reproducir la pandilla. En las narrativas de los jóvenes en pandillas, claramente buscaban emular el prototipo jefe de la pandilla, y la subcultura de la pandilla se convirtió en un lugar fértil para aprender a usar y reproducir violencia. Si examinamos la violencia urbana a través de este lente, no es sorprendente que, en condiciones de exclusión y presencia de pandillas, los jóvenes varones son los protagonistas de la reproducción de la violencia.

Cabe señalar que los vínculos entre masculinización y violencia la reproducción se complica cuando las pandillas existen a lo largo de varias generaciones en un área dada. A diferencia del trabajo de 2012^a, Baird (2012b) afirma que, frente al caso de Medellín, las pandillas son una estructura o institución, ya que se incorporan en comunidades a lo largo de generaciones, componiendo ontológicamente lo que significa ser un hombre exitoso y, de manera crucial, cómo lograr ese éxito. La necesidad de ser reconocido, en un mundo que no presenta grandes oportunidades, la violencia es un medio, mientras que la pandilla es el lugar adecuado. Ahora, depende de los contextos históricos y locales de la ciudad, es cómo funcionan las prácticas y discursos institucionalizados por las pandillas para moldear el comportamiento de los jóvenes.

Baird (2012b) reconoce que, aunque las pandillas pueden expresar simultáneamente aspectos tanto del bienestar como de la depredación, estas tienen un impacto negativo en comunidades. Aun cuando los estudios de 2009 y de 2012 adquieren una estructura similar en su investigación, este trabajo aporta, por primera vez, un entendimiento de la reproducción de la violencia desde una perspectiva de género, al igual que agrega cómo las pandillas en Medellín son realmente una institución, lo que explica su condición perdurable en el tiempo. Algunas de las limitaciones de esta investigación son particular fue un corto número de entrevistados (32) y, a su vez, que todavía no hay suficiente literatura sobre la afiliación a pandillas en el mundo. No obstante, este documento proporciona nuevas ideas conceptuales para comprender por qué los hombres jóvenes constituyen la gran mayoría de los pandilleros violentos, al tiempo que proporciona un conjunto de datos original de un entorno urbano muy violento.

Muñoz (2015) analiza el proceso de construcción y significación de las masculinidades en hombres heterosexuales colombianos en la ciudad de Medellín a partir de sus relatos de vida. Por ende, realiza un análisis enmarcado dentro de los estudios de masculinidades, ya que, al igual que el planteamiento de Beauvoir sobre las mujeres al afirmar que estas “no nacen, sino que se hacen”, es necesario insistir en que tampoco hay un esencialismo en la masculinidad. Muñoz (2015) opta por el uso de relatos de vida como unidad de análisis, ya que permite acercarse a la subjetividad de los hombres para adentrarse en las representaciones y prácticas hegemónicas incorporadas. Uno de los capítulos de Muñoz (2015), ‘¿Usted no es pues un hombre?: Modelos de ser varón y representaciones hegemónicas de la masculinidad en Medellín’ analiza lo que Bourdieu (2000) denomina “principio de visión social” con el que se explica cómo las relaciones culturales, políticas, económicas y sociales se establecen a través de la interpretación que hacen los paisas de

la ciudad que habitan. En conclusión, Muñoz (2015), similar a los estudios de Buitrago (2014) o Baird (2019; 2012^a y 2012^b) concibe que el análisis de la masculinidad no es uniforme en la ciudad, aunque haya patrones similares en sectores marginales y juveniles.

Con todo, Muñoz (2015) analiza el funcionamiento de tres principios particulares, a saber, el éxito económico a como dé lugar, el papel de la autoridad familiar y el ejercicio de la heterosexualidad. La promesa del desarrollo económico del narcotráfico tuvo un impacto irreversible en Medellín, ya que las representaciones sobre el ser hombre y ser mujer tuvo mayor impacto en los jóvenes (Muñoz, 2015). Ya que el narcotráfico no sólo se dedicó al tráfico por sí mismo, este construyó una red nacional de personas que velaban por los intereses de ese mercado, lo que género que hombres y mujeres cooperaran entre sí para que se mantuviera en un funcionamiento hasta la actualidad. Muñoz (2015) agrega que la cuestión no estriba en el efecto macro del narcotráfico, sino en las dinámicas micro sociales. El narcotráfico no sólo brindó una manera fácil de hacer dinero, sino que caló una masculinidad basada en elementos como la fuerza, el no sentir miedo, el ser “duro”, de sangre fría, machista. En consecuencia, las relaciones de género en la ciudad, a partir del narcotráfico, dejó un ethos en hombres que, básicamente, son dueños de todo incluso de la vida de otros.

Justamente, por creer que son dueños de la vida en sí misma y de la acumulación de dinero sin parámetros morales, Muñoz (2015) afirma que habría una presión social hacia la violencia y una altísima valoración de la fuerza con el propósito de mostrar autoridad y hombría. En los marcos de tradicionalidad “paisa”, existen fuertes parámetros de género donde los hombres contaban con amplias libertades en la estructura familiar, ya que eran proveedores del hogar. Mientras que estos podían permanecer en la esfera pública y aprovechar sus privilegios, las mujeres tienden a ser cuidadoras y protectoras de los hijos, hermanos, abuelos. Para Muñoz (2015), el éxito de los hombres, en el marco de la estructura familiar, implica que este sea reconocido como figura de autoridad, ya que provee al hogar. De no ser reconocido de tal manera, cuenta con la oportunidad de ejercer violencia en la esfera doméstica. Por otra parte, Muñoz (2015), en su investigación doctoral, trabaja solamente con hombres heterosexuales al interesarse por la naturalización entre heterosexualidad, masculinidad y ser varón. Los entrevistados conciben la idea de ser hombre en oposición a lo femenino, al igual que resulta fundamental una heterosexualidad activa o, en otros términos, ser un “mujeriego”.

En suma, las masculinidades, al ser contextuales, no pueden comprenderse al margen de los procesos políticos, económicos y sociales que las conforman. El análisis sobre las representaciones en torno a la masculinidad es central para comprender las valoraciones que configuran lo establecido para “hacerse hombre”. El guion se construye en medio de relaciones de poder que atraviesan no sólo la esfera pública, sino también la privada. Las representaciones, al no ser únicas, emergen como multiplicidad; sin embargo, dentro de dicha diversidad, se tejen algunas como hegemónicas. Los tres ejes presentados dan cuenta de una representación hegemónica en Medellín, particularmente, en zonas marginadas de la ciudad. Estos ejes generan una lógica de funcionamiento que prioriza el rechazo a lo femenino en contraposición a la hombría, la violencia y el liderazgo. Esta investigación de Muñoz (2015) aporta al estado del arte un estudio que no sólo genera conciencia en los hombres al plantearse la posibilidad de mirarse al espejo, sino que crea otra mirada que facilite la transformación en pro a la igualdad entre hombres y mujeres.

Desde un enfoque relacional, Galeano (2016) analiza el sistema jurídico local asociado a dos grupos armados ilegales [GAI] de Medellín a través de las narrativas de tres jóvenes expandilleros. Habría dos elementos de suma importancia: por un lado, la manera en la que se establece el liderazgo dentro de los grupos y, por el otro, la categoría de **gaminería** para clasificar las actividades permitidas o no. El concepto nativo de gaminería se usa para realizar el control del territorio, por medio de prohibiciones para los miembros del GAI y, al tiempo, para los habitantes del barrio. “Esta normatividad se erige en torno al sistema moral de los grupos y refleja aquello que consideran aceptable y lo que no, creando, a su vez, un sistema jurídico propio que coexiste y se contrapone al Estado” (Galeano, 2016, p. 78). Así, el análisis de Galeano (2016) propone que, según la normativa estatal, se genera una categoría de outsiders, quienes también poseen etiquetas para marginalizar en segundo lugar a aquellos que no se comportan de acuerdo con las leyes propias del grupo armado ilegal.

Galeano (2016) comienza su investigación al afirmar que, entre las formas de autoridad dadas al interior de los GAI, estas se orientan según la construcción local de la masculinidad y su relación diferenciada con otras formas de llevar a cabo violencia física y emocional. Las demostraciones de hombría implican una fascinación por la violencia, lo que explica mayores tasas de homicidio. Otro aspecto es el consumo de cantidades excesivas de alcohol y drogas para demostrar lealtad al grupo. Pese a que la intención no es realizar una vinculación mecánica entre jóvenes y violencia, sí afirma que la tendencia se cumple en gran parte de la población juvenil

como resultado del contexto sociohistórico de Medellín. En clave de perspectiva de género, los ideales de masculinidad hegemónica (blancura, clase media, heterosexualidad) no están disponibles, debido a la limitación económica, orientación sexual o etnicidad, se crean condiciones para la emergencia de nuevas formas de masculinidad. Al interior de los GAI, los altos puestos jerárquicos son ocupados por hombres que, a través de la dominación e intimidación, consiguen estatus en la comunidad. De esta manera, “la cohesión social al interior del grupo se da a partir de una combinación de miedo, intimidación y admiración, aunque, como veremos en adelante, la confianza también puede llegar a operar” (Galeano, 2016, p. 86).

Ahora, habría una categoría nativa para el control social, a saber, gaminería. Esta palabra es usada en la jerga local para dar cuenta del comportamiento propio de un gamín, noción que es usada hacia las personas de la calle. La palabra, más allá de su sentido convencional, es usada para dar cuenta de una serie de conductas negativas por los jóvenes, expertenecientes al GAI, pero extensiva al territorio que buscaban controlar. La definición de esta palabra varía según las conductas prescritas o prohibidas que los GAI estipulan de manera diferencial para ellos y, al tiempo, para los habitantes del territorio. El papel del jefe de turno de estos grupos cobra relevante al ser el encargado de mantener los cánones por los que se define la gaminería. No significa que la defina, ya que está en constante construcción, pero sí la sanciona hasta cierto punto. Este término, entonces, define una serie de conductas por las cuales se mantiene el control de lo que se hace dentro del GAI, al igual que en el territorio que se busca controlar.

Galeano (2016) se interesa por mostrar la forma de un sistema jurídico ilegal local asociado a dos GAI en la ciudad de Medellín. En este sistema, los liderazgos se entremezcla una noción de masculinidad relacionada con demostrar compostura, control y dominio de los demás a través de la violencia física y emocional. La gaminería es usada por los interlocutores como aquel concepto que es susceptible de sanción física o moral por parte del grupo. Por ejemplo, robar o ejercer violencia sexual en el barrio son acciones consideradas “gaminas”, por lo que les puede costar la vida o la muerte. Quien define las sanciones es el líder del grupo, cuyo lugar ha sido obtenido a través de demostrar estatus y violencia sobre los demás. De esta manera, los grupos articulan un sistema jurídico que coexiste, a la par del Estado, pero que se disputa constantemente con él. La investigación realizada por Galeano, desde un enfoque relacional, devela la experiencia de jóvenes que han construido sus masculinidades mediante la violencia física y la desvalorización de las mujeres. Este estudio es relevante para la investigación, ya que se pregunta por la orientación de

las prácticas juveniles con relación a la violencia estructural y cómo se constituye una noción de sujeto en el marco de grupos violentos.

En el 2017, Baird (2017^a) realiza un trabajo, a través de cuarenta entrevistas de historia de vida con miembros masculinos de pandillas juveniles, incluidos líderes, asesinos de jóvenes sicarios y algunos jóvenes más pequeños con el propósito de arrojar luz sobre la relación entre masculinidad y pertenencia a pandillas. Una de las ideas principales de Baird (2017^a), para 2017, implica que los pandilleros no están permanentemente comprometidos con un patrón de masculinidad, ni un machismo panregional uniforme. Pueden ser violentos en las calles y, a su vez, padres o hijos cariñosos en casa, lo que significa que no existe una dicotomía clara entre pandilleros “antisociales” y otros “prosociales”. Por lo tanto, sus comportamientos dependen de la situación. De tal manera, surgen obstáculos al querer dar una definición de masculinidad dada la gama de identidades y las puestas en escena de la masculinidad que no son iguales en la esfera privada y en la pública. En efecto, “in Medellín, Vélez Saldarriaga has written about sicarios who kill for money and are quick to sexually assault women at parties, whilst showing respect and love towards their mothers at home” (Baird, 2017a, p. 11).

En consencuencia, Baird (2017b) realiza otro análisis similar al profundizar en la lógica masculina al pertenecer a una pandilla. Debido a que la violencia se concentra en barrios marginales y vulnerados de Medellín, las pandillas juveniles son más paradigmáticas de esta violencia. Si bien las condiciones de exclusión socioeconómica se han asociado con la prevalencia de pandillas, su formación en sí no puede atribuirse a un factor único ni determinante, sino a una gama de correlaciones factores causales, pero no claramente identificados tales como: narcotráfico, proliferación de armas de fuego, gobierno débil o urbanización acelerada. Algunos sostienen que la pertenencia a una pandilla ocurre a un nivel subjetivo, incluyendo la exposición a la violencia doméstica y comunitaria. Sin embargo, en relatos precisos de pandillas, la formación debe ser valorada críticamente, ya que pueden emerger en una variedad de formas y circunstancias. A pesar de las advertencias planteadas por la complejidad de las pandillas, hay una observación: los jóvenes pobres son quienes componen en su mayoría los grupos pandilleros.

En específico, Baird (2017b) afirma que la pandilla es, a menudo, una oportunidad para salir de la pobreza. En principio, habría una motivación económica en tanto se entienda como una primera opción. No obstante, esto sería una lectura todavía reducida, pues, para muchos hombres jóvenes, la acumulación de activos, a través de la pandilla, contaba con un doble propósito: fue

“instrumentalizado” para disputar la indignidad y castración, pero también sirvió como una salida para la juventud. Así, mediante la pandilla, los jóvenes se convierten en adultos “exitosos”. Las pandillas son, en ocasiones, percibidas por los jóvenes que entran en ellas como lugares de oportunidad que, a fin de cuentas, superaba los riesgos de unirse. En este orden de ideas, las pandillas pueden ser salidas por ambición, empoderamiento y cohesión social para sus miembros, espacios donde los jóvenes marginados pueden “recodificar subversivamente” cualquier sentimiento de castración por una sociedad que no les ofrece oportunidades (Baird, 2017b).

Al unirse a la pandilla, no habría un motivo inconformista, sino un uso lógico de la agencia de los jóvenes en entornos de carencia de conjunto de oportunidades. En este sentido, si bien se debe ser crítico con las condiciones que dan lugar a las pandillas, debería dejar de idealizarse como un proyecto emancipador dado el impacto de la violencia y delincuencia sobre los sectores. Los trabajos de Baird de (2017^a) y de (2017b) agregan algunos aportes al estado en cuestión. El primero es una comprensión de lo masculino como un repertorio que depende del lugar y con quienes actúen los hombres. Un hombre puede actuar de manera diferente como miembro de la pandilla y, a su vez, como padre o hijo. Por ello, este estudio es sumamente relevante, ya que no hay un compromiso de la masculinidad e, igualmente, no puede definirse de manera uniforme. Otro de los aportes de este análisis reside en que el incentivo económico para conformar una pandilla es de suma relevancia, debido a que no hay un Estado garante de oportunidades.

Debido a los resultados de estos análisis del 2017, Baird (2018) argumenta que muchos jóvenes se unen a las pandillas con el propósito de reproducir identidades masculinas que consideran exitosas. La acumulación de capital masculino, a través de las pandillas, con sus significantes materiales y simbólicos sobre la hombría, acompañados de actuaciones públicas, lleva a los jóvenes a percibir estos lugares como exitosos, lo que impulsa la reproducción de estos grupos. Una vez vinculados, los jóvenes generan actos violentos para defender sus intereses a cambio del capital masculino. Así, el proceso de “empandillamiento” no se entiende como un comportamiento juvenil que deba ser rechazado; más bien, es un espacio aspiracional de formación de identidad para los jóvenes que, en condiciones de exclusión, es su única salida. La metodología de Baird (2018) aporta datos empíricos sobre los pandilleros que tienden a ser escasos en la literatura. El trabajo de campo es etnográfico y se realiza en los periodos de 2006-2012 en una zona del extremo nororiental de Medellín. Este se compone de cuarenta entrevistas a expandilleros de la zona.

Baird (2018) parte de su investigación al describir el contexto del mundo pandillero de Medellín. Desde la década de los ochenta, los integrantes de las pandillas de Medellín han sido varones locales: hijos, primos, tíos, etcétera y, por lo tanto, están ligados a su territorio. Con el auge de las drogas, surgió un mosaico pandillero en el que cada grupo defendía su territorio contra la incursión de rivales. La venta de drogas galvanizó a las pandillas en la medida que incrementaban sus ingresos. Así, las pandillas juveniles se convirtieron en organizaciones estructuradas e institucionalizadas que le facilitó forjar alianzas con el crimen organizado. En la década de los ochenta y noventa, las milicias de izquierda buscaron tomarse la ciudad desde las comunas populares. A comienzos del año 2000, el Estado implementó una serie de estrategias contrainsurgentes en la ciudad que incluía el despliegue de bloques paramilitares con el fin de expulsar a las milicias izquierdistas. Con el desarme, desmovilización y reinserción de los grupos paramilitares, se aprovechó el proceso para encubrir el crimen organizado y el narcotráfico que todavía permeaba la zona. En el 2009, “las reconfiguraciones al interior del bajo mundo del crimen comenzaron a generar fisuras en la alianza pandillas-paramilitares, lo que llevó a un mayor derramamiento de sangre entre pandilleros que, una vez más, se dedicaban a defender sus territorios” (Baird, 2018, p. 17). Baird (2018) afirma que, si bien la ciudad no ha retornado a niveles de violencia anteriores, el control de las pandillas en las zonas pobres de Medellín sigue siendo muy latente.

Realizado un diagnóstico de las pandillas en Medellín, Baird (2018) profundiza en las masculinidades de barrio y su relación con el empanillamiento. Frente a las capas de masculinidades en el barrio, las prácticas de masculinidad en los barrios pueden ser confusas y contradictorias, por lo que se genera tensiones metodológicas en el estudio acerca de las masculinidades. A Baird (2018) le importa no reproducir estereotipos masculinos ni crearlos desde el exterior, así que examina los comportamientos culturales entendidos como masculinos asociados a la afiliación a las pandillas. El habitus masculino²⁴ y las prácticas utilizadas por los hombres son contextuales, lo cual responde a ciertas estrategias que usan los jóvenes para negociar los terrenos de género en sus vidas diarias. La masculinidad de barrio implica una interrelación con otras formas de vivir la masculinidad más generalizadas de la sociedad colombiana. La pandilla, en este sentido,

²⁴ Como tal, el primer capítulo expone en qué consiste el habitus masculino y la definición que brinda Baird (2018) es muy cercana a lo que ha sido ya abordado. De hecho, es tenido en cuenta para dicho análisis. Por lo tanto, no se profundiza en esta categoría en este capítulo.

surge como un conducto para las relaciones sociales, forjada por el género, que facilita a los jóvenes marginados vivir y manejar su realidad. Por esta razón, los vínculos entre juventud, clase social y masculinidad arrojan luz sobre las actividades de las pandillas en Medellín.

En cuanto a la socialización masculina a través de la pandilla, Baird (2018) afirma que los jóvenes buscan significados e identidades de sí mismos mediante estos grupos. 35 expandilleros mencionaron la importancia de haber crecido con amigos de infancia, conocidos y familiares de irse vinculando de forma gradual a la pandilla en contraposición a un proceso de ser miembro de una y pasarse a otra. “El control territorial ejercido por la pandilla era el determinante clave para el área de reclutamiento, puesto que muy pocos jóvenes se vincularon a pandillas por fuera de sus comunidades locales” (Baird, 2018, p. 24). De esta forma, los jóvenes, al narrar historias de su niñez, contaban que se reunían con sus amigos, jóvenes vinculados a las pandillas. Al estar dominadas por hombres, estos espacios se remiten a la socialización masculina, de vívidas representaciones heterosexuales y homosociales. Por ello, “la homosexualidad, la femineidad y las mujeres son, por lo general, excluidas “por la cultura machista [de la pandilla], los hombres no las dejan entrar” (Baird, 2018, p. 26). Particularmente, según los entrevistados, liderar una pandilla respondía a una “tarea de hombres”.

Del proceso de empandillamiento y la exclusión, la vinculación a las pandillas y sus actividades criminales o violencias son mecanismos para los jóvenes en tanto proceso de desarrollo de su autoestima y como camino alternativo a la adultez masculina. En las comunidades populares de Medellín, la ausencia de educación, escasez de oportunidades laborales y falta de movilización social, refleja la múltiple marginalización de los jóvenes. En contextos de exclusión urbana, las pandillas resultan de un acto de resistencia hacia una economía política que los margina. Para Baird (2018), si las pandillas son síntomas de restricciones estructurales con base en el género, representan una “máquina de identidad colectiva” masculina y una “ciudadanía insurgente” masculina” (p. 31). Las pandillas no son producto de un anonimato desorganizado, sino generado por la desigualdad en zonas urbanas. Frente a esta idea, Baird (2018) afirma que, aunque se realiza una crítica a las condiciones en las que surge la pandilla, no se olvida que cuentan con alto impacto de violencia y crimen sobre los barrios más pobres.

Estos impactos de violencia y crimen en los barrios, por parte de las pandillas, fortalecen una percepción de lo masculino como “aquel que ejecuta mayor violencia, es más hombre”. Los legados de las pandillas y sus vínculos con las comunidades, les facilita crear estandartes del éxito

masculino. Los “duros”, al ser temidos como respetados, les otorgan un nivel significativo de autoridad en las comunidades marginales, ya que la presencia estatal es escasa. En estos espacios, el habitus masculino forja una ambición masculina combinada con la vinculación de pandilla, donde los jóvenes, en búsqueda de obtener éxito, emulan al duro local. Ahora, el control del territorio requiere del uso de la fuerza contra los intereses de las pandillas rivales, mientras que la extorsión es una intimidación constante a los habitantes locales. La exteriorización de la violencia se refleja en las pandillas, pues el duro alcanza una posición de liderazgo al ser “el más malo”, con su capacidad de violentar públicamente. Convertirse en un pandillero significa aprender a “demostrar maldad”, ya que se busca el éxito en estas zonas de marginalidad. “Así como en las fuerzas militares, la capacidad para la violencia es su rito de paso a la pandilla y una afirmación definitiva de adultez masculina” (Baird, 2018, p. 34).

En conclusión, las masculinidades de las pandillas en Medellín son un repositorio que narran la historia de violencia en la ciudad. El habitus masculino refleja el deseo de los jóvenes por convertirse en hombres exitosos, pese a la exclusión y pobreza de sus territorios. En el contexto de rebusque, existe una lógica de afiliarse a una pandilla para demostrar que se es exitoso, ya que son lugares dotados de abundante capital para la formación de su identidad. Aunque no expresen el deseo de ser violentos como motivo de pertenecer, el uso de la violencia implica sobrevivir y progresar en la pandilla. El joven pandillero agrega unos repertorios de comportamientos de género mediante prácticas y conocimientos heterosexuales e incluso violentos. Como tal, la pandilla es un espacio de socialización masculina que, al enfrentarse a otros, brinda estatus y hombría. En cuanto a los vacíos y aportes de este artículo, se destaca lo siguiente. El trabajo de Baird (2018) es una de las primeras contribuciones en combinar la óptica de masculinidades con conceptos sociológicos al proponer la categoría de “capital masculino” en tanto herramienta para elucidar la lógica práctica de los jóvenes que se vinculan a las pandillas.

CONCLUSIONES

Este trabajo ha descrito y caracterizado, a través de literatura especializada, la inclusión de la noción de masculinidad en los estudios sobre pandillas en Cali y Medellín, durante los últimos veinte años. Si bien el paradigma de los roles sexuales o de género es insuficiente para explicar la construcción y reproducción del orden social, la pregunta por los roles y su relación con la sociedad sigue siendo pertinente. Producto del rechazo a las perspectivas de securitización ciudadana o de lineamientos para políticas públicas viendo al fenómeno pandillero como una amenaza, este trabajo se ha enfocado en mostrar cómo los motivos, las representaciones o las prácticas de estos miembros pueden comprenderse a través de la noción de la masculinidad. La perspectiva de género, en este sentido, agregaría variables para la comprensión de por qué los jóvenes participan en pandilla y, justamente, su perdurabilidad en el tiempo. Entre estas variables, se ha encontrado la necesidad de reconocimiento y el estatus de ser poderoso entre hombres.

En el primer capítulo este trabajo aborda la categoría de masculinidad con un sentido interseccional, al igual que expone algunos relatos para complementar su previa definición. La masculinidad es entendida, en términos de Bourdieu (2000), como una estrategia en la que los hombres, al reconocer su beneficio o lugar en el mundo, aumentan o mejoran su capital -también entendido como patrimonio- dentro de sus relaciones sociales. Empero, la definición todavía es eurocéntrica y, por ende, alejada de las masculinidades negras, indígenas o mestizas que componen la región latinoamericana. A través de la interseccionalidad, no existe una sola masculinidad, sino múltiples, ya que habría en la realidad social diversos capitales en juego que condicionan la idea de lo que es ser hombre para los jóvenes. Con todo, esta definición permite encontrar algunos elementos de la masculinidad en relatos de jóvenes expandilleros de la ciudad de Cali y Medellín. Los elementos son el miedo como ejercicio de poder, la violencia y la búsqueda por respeto, admiración y aumento de la autoestima. Pese a que son dos ciudades diferentes y, por ello, su idea de masculinidad no es netamente similar, habría elementos en común.

Al comienzo de esta investigación, este estado de la cuestión quiso tomar el caso de la ciudad de Cali y Medellín para una comprensión del fenómeno en cuestión. Esta predilección se basa en que ambas ciudades, según CERAC (2014), cuentan con los más altos niveles de violencia juvenil en los últimos años, incluso más que en la capital del país. La violencia juvenil ha sido ejercida por jóvenes pertenecientes a pandillas que transitan hacia la banda criminal al verlo como una oportunidad laboral o donde realizarse como personas (CERAC, 2014; Ordóñez, 2015; Bedoya

y Ocampo, 2019). Cabe aclarar que las pandillas juveniles, a su vez, han sido estudiadas al margen del acto violento que pueden ejercer, de ahí que el análisis parta de esta relación. Igualmente, ¿tendría cabida la relación entre masculinidad y violencia? Para Viveros (2002), esta dimensión sólo surge en espacios públicos, simbólicos de mujer, donde las mujeres no han sido formadas tradicionalmente. “Podemos decir que los espacios de encuentro entre varones adultos, como los cafés y los escenarios deportivos, relevan las funciones de refuerzo de la masculinidad de las llamadas pandillas juveniles para los adolescentes” (Viveros, 2002, p. 101).

Frente al caso de Cali, este capítulo habría presentado trabajos que incluyen la noción de masculinidad en el marco de las pandillas juveniles desde un enfoque de seguridad ciudadana u otros análisis que agregaban variables interseccionales para la comprensión del fenómeno. Por lo tanto, habría dos lecturas ofrecidas por este estado del arte descritas a través de quince lecturas, escogidas durante los periodos de 2000 hasta el 2017. La mayoría de estudios fueron etnográficos e historiográficos y, similar al caso de Medellín, realizaron historias de vida, entrevistas o grupos focales para la investigación. El primer acercamiento no hace alusión explícita a la noción de masculinidad, sino que prevalecen la defensa del ciudadano y la organización de una vida más saludable para todos, lo que significa una percepción peyorativa de las pandillas. Otros análisis, aunque no cuentan con una perspectiva de género, se interesan por el fenómeno pandillero desde los medios de comunicación o desde una psicología-cultural. Por otro lado, la segunda lectura sí plantea la masculinidad y plantea la configuración de un ethos que no sólo explica la vinculación de los jóvenes a estos grupos, sino el espacio social que facilita el proceso y consolidación. Entre ellos, la segregación socio-racial, las condiciones de vulnerabilidad no resueltas por el Estado y la percepción de exclusión de los jóvenes de estos sectores.

Similar al estado de cuestión en Cali, para Medellín también se abordan quince lecturas desde 2002 hasta el 2019, con enfoques etnográficos e historiográficos. Estas lecturas están divididas por dos acercamientos: aquellas que no cuentan con una perspectiva de género o un entendimiento explícito a la masculinidad desde las pandillas juveniles; por el otro, habría estudios que sí parten de una perspectiva de género y explican por qué los jóvenes se vinculan en estos grupos y su perdurabilidad. El primer acercamiento se enfoca en variables como el narcotráfico, el conflicto armado interno, el desplazamiento forzoso y la ausencia estatal que dan cuenta de acciones o conocimientos sobre estos grupos. No obstante, esto no explica por qué la vinculación. Por otra parte, las lecturas con perspectiva de género sí explican los elementos constitutivos de los

jóvenes, entre ellas, la necesidad de reconocimiento y estatus que, en la sociedad por fuera de su realidad, no les es posible alcanzar.

Tanto en la ciudad de Cali como en Medellín, durante las últimas tres décadas, el conflicto armado interno, al pasar por varios momentos, adaptó sus condiciones al casco urbano. En el trabajo se muestra cómo este conflicto, a través del narcotráfico y la ausencia del Estado en múltiples zonas del país, implicó no sólo desplazamiento forzoso, sino lineamientos de los actores armados en estos lugares (Bedoya, 2010). La guerra ha configurado la realidad social colombiana y, por lo tanto, la forma de pensar de sus habitantes. Mediante una actualización permanente de la guerra, los hombres han jugado un papel protagónico, ya sea como perpetradores de los crímenes o como víctimas del sistema patriarcal. En este sentido, es pertinente que habría algo en la condición de género de los hombres en Medellín que, al hacer eco con distintas formas de la violencia, ocasionen daño a las mujeres, a otros hombres o a sí mismos.

Existen también hombres de diversa condición social que, pese afectados por la cultura patriarcal hegemónica, no están cómodos con los roles asignados. Muchos de ellos no se encuentran sintonizados con la violencia de sus realidades y, desde su cotidianidad, exploran vías alternas de la masculinidad. Estos hombres con distintas búsquedas sobre su vida, encarnan unos referentes de masculinidad que no son valorados y, principalmente, son invisibilizados por la realidad patriarcal. No obstante, “suelen ser inspiradores en sus contextos de origen, pues aportan imágenes alternas que desde la cotidianidad posicionan esas masculinidades juguetonas, vivaces, cuidadoras, solidarias” (Ossa, 2015, p. 5) que terminan siendo inspiradores para la sociedad. Este trabajo, aunque se enfoque en las pandillas juveniles y su relación con la violencia, celebra otras formas de vivir la masculinidad, tan necesarias en un país que se caracteriza por su cultura de la violencia.

Finalmente, la noción de masculinidades sí facilitaría una comprensión del fenómeno pandillero. Debido a la ausencia del Estado y el conflicto latente, los jóvenes en zonas marginadas no cuentan con las mismas oportunidades que otros; por ello, una pandilla criminal, aunque les mejore su economía, también es un lugar homosocial donde pueden definirse como hombres. Estos grupos, al caracterizarse por su violencia, encuentran en ella una herramienta de poder, de respeto y admiración por los otros. Por lo tanto, muchos jóvenes se involucran en pandillas, justamente, por sentirse con algún nivel de estatus en razón del mejoramiento de su capital masculino. Fenómenos como la exclusión y la marginalidad acrecientan una situación en el que los jóvenes, al no encontrar otras formas de vida y de guías, ven a la pandilla ese lugar de realización.

REFERENCIAS

- Alves, J., Moreno, V. y Ramos, B. (2014). Notas preliminares para un análisis interseccional de la violencia en el distrito de Aguablanca (Cali Colombia). *CIES*, 5, 4-17.
- Arango, D. y Ruiz, L. (2012). Literatura y conflicto: aproximaciones a la violencia urbana en Medellín desde la narrativa sicaresca. *Pensamiento y Poder*, 1(9), 117-140.
- Baracaldo, D. (s.f.). Cara a cara con los niños pandilleros de Cali: entre las balas y el olvido. Recuperado de <http://www.kienyke.com/historias/cara-cara-con-los-ninos-pandilleros-de-cali-entre-las-balas-y-el-olvido>.
- Baird, A. (2009). Methodological dilemmas: researching violent young men in Medellín, Colombia. *IDS Bulletin*, 4(3), 72-77.
- Baird, A. (2012a). Negotiating pathways to manhood: rejecting gangs and violence in Medellín's periphery. *Journal of conflictology*, 3 (1), 30-41.
- Baird, A. (2012b). The violent gang and the construction of masculinity amongst socially excluded young men. *Safer communities*, 11(4), 179-190.
- Baird, A. and Rodgers, D. (2016). Entender a las pandillas de América Latina: una revisión de la literatura. *Estudios Socio-Jurídicos*, 18(1), 13-53.
- Baird, A. (2017a). Dancing with danger: ethnographic safety, male bravado and gang research in Colombia. *Qualitative Research UK*, 1-19.
- Baird, A. (2017b). Understanding masculinities. Gang violence in Latin America and Caribbean. *Many Peaces Magazine*, 5, 28-33.
- Baird, A. (2018). Convertirse en el más malo: trayectorias masculinas de violencia en las pandillas de Medellín. *Estudios Socio-Jurídicos*, 20(2), 9-48. <https://dx.doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/sociojuridicos/a.6817>.
- Bedoya, J. (2010). *La protección violenta en Colombia. El caso de Medellín desde los años noventa*. IPC.

- Bedoya, B. y Ocampo, J. (2019). Manual del pandillero perfecto: Un acercamiento a las prácticas de control identitario de los grupos delincuenciales en Medellín y El Salvador. *Cuadernos de Ciencias Políticas*, 10, 55-70.
- Bermúdez, M. (2013). Connell y el concepto de masculinidades hegemónicas: notas críticas desde la obra de Pierre Bourdieu. *Estudios Feministas, Florianópolis*, 21(1), pp. 283-300.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Editorial Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Siglo veintiuno editores.
- Buitrago, J. (2014). La construcción de masculinidad en la ciudad de Medellín. Reflexiones desde el cine y la literatura en los últimos cincuenta años. *Revista Trabajo Social 20-21*, 175-192.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Callejas, L. (2012). *Prácticas de resistencias de los y las jóvenes en contextos de militarización: a la orilla de Aguablanca* (tesis de pregrado). Universidad del Valle.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2017). *Medellín: memorias de una guerra urbana*. CNMH- Corporación Región - Ministerio del Interior - Alcaldía de Medellín - Universidad EAFIT - Universidad de Antioquia, Bogotá.
- CERAC. (2014). Violencia juvenil en contextos urbanos. Gráficas Editores. https://www.cerac.org.co/assets/pdf/Libro_Violencia_Juvenil_SegundaParte.pdf
- Connell, R.W. (2003). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Dávila, L. (2016). Violencia urbana, conflicto y crimen en Medellín: una revisión de las publicaciones académicas al respecto. *Revista Criminalidad*, 58(2), 107-121.
- Domínguez, M. (2003). La Playboy: la participación de hombres y mujeres en una pandilla juvenil de Siloé, Cali. *Sociedad y economía*, (5), pp. 82-104. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=996/99617828004>
- El Colombiano. (2015). Estas son las bandas que controlan el crimen en Colombia. <https://www.elcolombiano.com/colombia/estas-son-las-bandas-criminales-que-controlan-la-delincuencia-en-colombia-YX2606364>

- El País. (2014). Cali es la ciudad que presenta la situación más grave de violencia juvenil. <https://www.elpais.com.co/judicial/cali-es-la-ciudad-que-presenta-la-situacion-mas-grave-de-violencia-juvenil.html>
- Galeano, E. (2016). Gaminería: una categoría nativa para el control del territorio en y entre grupos armados ilegales en Medellín, Colombia. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 32(53), 76-99.
- Gómez, H. (2015). *Representaciones de la (in)seguridad en Medellín desde una perspectiva de género* (tesis de maestría). Universidad Nacional de La Plata.
- Guerra, E. (2010). Las teorías sociológicas de Pierre Bourdieu y Norbert Elías: los conceptos de campo social y habitus. *Estudios Sociológicos*, 28(83), 383-409.
- Guevara, E. (2008). La masculinidad desde una perspectiva sociológica: Una dimensión del orden de género. *Sociológica (México)*, 23(66), pp. 71-92.
- López, C. (2009). Parches juveniles e imaginarios de la violencia en la ciudad de Cali. *Prospectiva*, 14, 355-385.
- Magliano M. (2015). Interseccionalidad y migraciones: potencialidades y desafíos. *Estudios Feministas*, 23(3), 691-712.
- Marcial, R. (1997). *La Banda Rifa. Vida cotidiana de grupos juveniles de esquina en Zamora, Michoacán*. El Colegio de Michoacán.
- Menjívar, M. (2016). Interseccionalidades de masculinidad, raza y clase: apuntes para un concepto de masculinidades neocoloniales. *Tabula Rasa*, 27, 353-373.
- Mollericona J. (2015). Pandillas juveniles en La Paz: entre la transgresión y el delito. *Tinkazos*, 18(38), 71-88. http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1990-74512015000200005&lng=es&tlng=es
- Muñoz, H. (2015). *Hacerse hombre. La construcción de masculinidades desde las subjetividades: un análisis a través de relatos de vida de hombres colombianos* (tesis de doctorado). Universidad complutense de Madrid.

- Najar, V. (2015). ¿Qué significa que declaren terroristas a las maras en El Salvador? *BBC Mundo*.
https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/08/150825_el_salvador_pandillas_mara_terrorista_a_n
- Observatorio de Seguridad Humana de Medellín. (2012). *Control territorial y resistencias. Una lectura desde la seguridad humana*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Ordóñez, J. (2015). Narrativas mágico-religiosas en las pandillas. Un estudio sobre la psicología del pandillero. *Revista CS*, 17, 133-160.
- Ordóñez, J. (2017). De la pandilla a la banda. Transformaciones de la violencia pandillera en barrios marginales en Cali. *Sociedad y economía*, (32), pp. 107-125. Disponible en:
<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=996/99649950005>
- Ossa, C. (2015). *Diálogos sentipensantes sobre patriarcado, masculinidades y guerra en Medellín. Trayectorias analíticas y poéticas*. Museo Casa de la Memoria.
http://coleccion.museocasadelamemoria.gov.co/repositorio/bitstream/handle/mcm/223/9.%20Diálogos%20sentipensantes_Masculinidades.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Quintín, P. y Urrea, F. (2000). *Jóvenes negros de barriadas populares en Cali: entre masculinidades hegemónicas y marginales*. CIDSE, Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Colombia/cidse-univalle/20121113030846/jovenes.pdf>
- Quintín, P. y Urrea, F. (2002). Subjetividades masculinas en jóvenes de clases subalternas urbanas. *Cahiers des Amériques latines*, 39, 82-107.
- Téllez, A. y Verdú, A. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, 2, pp. 80-103.
- Restrepo, L. (2004). *Afro-colombian masculinity: the case of afro-colombians charco azul, Cali, Colombia* (tesis de maestría). University of Florida.
- Rubio, M. (2007). *De la pandilla a la mara: pobreza, educación, mujeres y violencia juvenil*. Universidad Externado de Colombia.
- Salazar, A. (2002). *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*. CINEP.

- Sanabria, A. y Uribe, A. (2007). Prevalencia de la delincuencia juvenil en Santiago de Cali. *Pensamiento Psicológico*, 3 (9), 111-122.
- Semana. (2016). Plata y armas hacen al jefe. <https://www.semana.com/nacion/articulo/pandillero-de-aguablanca-en-cali/493274/>
- Solarte, L. (2010). Jóvenes entre la violencia y la búsqueda de la paz. *Sociedad y Economía*. 18, 139-155
- Valencia, V. (2010). *Por el 'parche' me hago matar": discursos de la prensa escrita frente a los jóvenes marginalizados, un estudio de caso en Cali/Colombia*. Actas – III Congreso Internacional Latina de Comunicación Social – IV CILCS – Universidad de La Laguna.
- Valencia, V. (2012). *Juventud, Honor y Prensa Escrita – Las representaciones mediáticas de los últimos 25 años de Violencia Social Juvenil en Cali, Colombia*. Actas – IV Congreso Internacional Latina de Comunicación Social – IV CILCS – Universidad de La Laguna.
- Viveros, M. (2002). *De quebradores y cumplidores. Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. CES. Universidad nacional de Colombia.
- Viveros, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 52, 1–17.